

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

OCTOPUS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

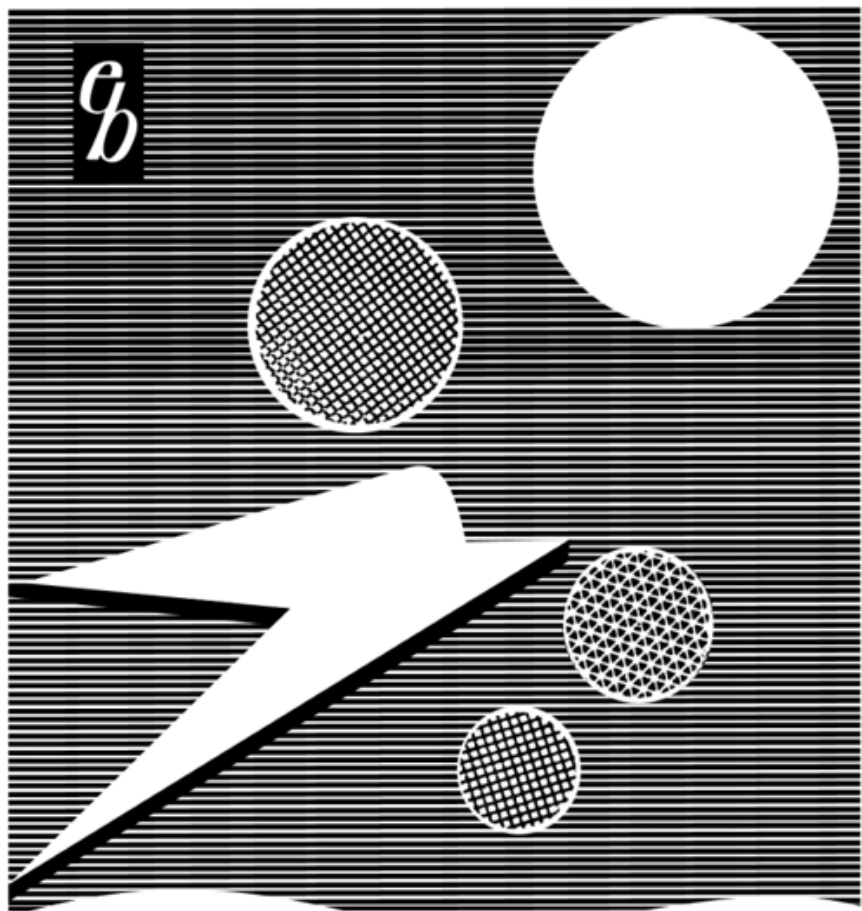
OCTOPUS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CURTIS GARLAND

«OCTOPUS»

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
119**

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 38.653-1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: noviembre, 1972

© CURTIS GARLAND - 1972

texto

© ANTONIO BERNAL - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 —Barcelona —1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

149. — El invento - *Marcus Sidereo*.
150. — Soy... el último - *Curtis Garland*.
151. — Los hibernados - *Adam Surray*.
152. — El buscador de energía - *Glenn Parrish*.
153. — Decisión y audacia - J. Chandley.

«¿Acaso te pedí, oh,
Creador,

que del barro me
convirtieras

en hombre?

¿Acaso te rogué

que de las tinieblas

me trajeras la luz?»

Milton. El Paraíso Perdido.

PROLOGO

La sangre lo nubló todo.

Espesa, roja, densa, cegadora. Lo invadió absolutamente todo, en un apocalipsis escarlata.

Después, sonó un alarido largo, profundo, escalofriante. Y aquel siseo, el roce aterrador...

Se quebró la gran vidriera, empezando a desplomarse, hecha añicos afilados, como transparentes flechas y lanzas de cristal, capaces de taladrarle a uno de lado a lado. Todo ello salpicado de rojo, tinto en sangre...El agua rebasó los límites del amplio acuario, inundándolo todo, en un tumultuoso torrente, donde se mezclaban la sangre, el líquido elemento incoloro... y los cuerpos destrozados.

Contempló la escena con horror. Retrocedió, angustiado, trémulo incluso, pese al dominio de nervios que habitualmente poseía. La escena era demasiado terrible, demasiado estremecedora y alucinante para sentirse de otro modo ante ella...

El siseo prosiguió. El deslizamiento susurrante en el suelo se hizo más intenso a medida que el horror viviente se aproximó a él, pausadamente, pero cerrándole todo posible camino de evasión, toda salida...

—No, no... —jadeó, con horror—. Yo no...

La voz le llegó extraña, espeluznante. Una voz que ya ni siquiera parecía humana, pero que, sin embargo, se expresaba con palabras inteligibles, arrastradas, lentas e inseguras. Como si el lado humano del cerebro que las dictaba, empezase a fallar de modo lamentable... o llevara ya mucho tiempo fallando, y estuviera llegando a su límite de capacidad normal.

Sintió aquellos sonidos, aquellas palabras huecas, sordas, arrastradas, que brotaban ante él, de *algo* que ya ni siquiera podía ser humano, ni ser considerado como tal:

—Es inútil... Yo... yo debo matar... Matar... A ti... a todos... a todos los que se opongan a mi avance... Tú... estás sentenciado...

—¡No! —aulló, exasperado, alzando sus brazos con ira—. ¡No, no!... ¿Por qué habrías de hacerme daño? ¿Es que no comprendes? A

mi no... No puedes dañarme...

Soy... soy de tu misma... ¡de tu misma sangre, hermano!

Pareció una risa. Acaso era una risa. Eso nadie podría saberlo nunca. Y él, menos que nadie. Cuando menos, ningún ser humano reía así.

—Mi. hermano... —susurró la voz insólita, aterradora—. ¡Mi... hermano!... Mientes, asqueroso cobarde... Yo no tengo... hermanos... No tengo a nadie... No tengo... semejantes... No me detengo ante nada...

Y era cierto. No se detenía. Ante nada, ante nadie. Avanzaba. Avanzaba directamente. Sobre él. Dispuesto a destruir. A matar. A aniquilar, una vez más...

—Espera... —gimoteó él—. ¡Espera, por Dios!... Tienes que reconocerme, identificarme... Soy yo... ¡Yo!... Soy... soy Bernard... ¡Bernard, tu hermano!...

—No... tengo... hermanos... —siseó la voz—. No tengo a nadie... No conozco... a nadie...

El susurro de su deslizamiento, era ya intenso. Bernard, lívido, horrorizado, clavaba sus Ojos en aquello que venía hacia él, moviéndose entre vidrios astillados, agua, peces y cuerpos humanos... Entre sangre y piedras, entre arena y algas...

—Cielos, no... Te ruego que no... me hagas daño... —gimoteó Bernard, descompuesto. Al intentar retroceder más, golpeó el muro, tropezó con un soporte, encima del cual había un ejemplar reproducido en plástico, de un ser de las profundidades, dentro del gran Acuarama del Centro de Investigaciones Subacuáticas. La reproducción rodó por el suelo, como un ente inerte, ajeno a cuanto sucedía en torno suyo.

Ante Bernard, la *cosa* proseguía su avance inexorable, sigiloso, demoledor, dejando sobre el suelo la huella viscosa, repugnante, de su deslizamiento baboso, hacia el infortunado Bernard, encerrado dentro del amplio y luminoso Acuarama, a solas con... con *aquello*.

Se volvió, ante lo inútil de sus protestas, intentando evadirse de la amenaza. No le fue posible. Tropezó ahora con otro objeto del recinto. Esta vez, era la estatua de una sirena, en bronce, sobre un soporte de piedra marmórea. Una figura de mujer, desnuda de cintura para arriba, con cola de pez escamoso... El eterno mito del mar.

Casi derriba soporte y estatua. Osciló ésta, levemente. Bernard se situó detrás, como protegiéndose del ataque. Era un objeto sólido, macizo, que acaso resultara un freno entre él y su adversario, entre la vida y la muerte.

No. No era suficiente. No podía serlo.

Una extremidad del adversario golpeó con fuerza inusitada la base de piedra. La hizo oscilar y volcar. Con ella, la estatua de bronce de la sirena, como un pez más, sacrificado en el amplio, luminoso, encristalado recinto del Acuarama.

Se quebró el soporte. Rodó la estatua de bronce, dando tumbos sobre su arqueada cola de mito homérico. Bernard gritó. Extendió sus brazos, acorralado ya en el fondo de la amplísima vidriera asomada a las dependencias del Zoológico, a su verdor esplendente, a sus instalaciones modélicas.

—¡No, Dios mío, no! —aulló—. ¡No puedes hacerme esto... hermano!...

—Hermano... —siseó el enemigo, despectivo, con su voz infrahumana, casi irreconocible ya—. ¡Hermano!... Yo nunca... tuve... hermanos... Sólo sé... destruir..., matar...

Y mató.

El alarido terrorífico de Bernard, se perdió en el hueco recinto, rebotando de muro en muro, con ecos exasperados, de agonía y dolor, de impotencia y pánico...

Luego, otro chorro rojo reventó contra la gran vidriera donde se aplastó súbitamente el cuerpo de Bernard. La sangre corrió, como lágrimas escarlatas, torrenciales, vidrio abajo. El cuerpo fue volteado, succionado, triturado en un abrazo alucinante de aquellas extremidades ágiles y culebreantes...

Unos ojos humanos, terriblemente humanos, tremendamente animales a la vez, se clavaron, amarillos y desorbitados, en el ser a quien estaba destruyendo su dueño. Luego, bruscamente, lo soltó. Le dejó caer contra la vidriera y, de allí, al suelo, entre residuos de los acuarios pulverizados poco antes.

Bernard no se movió ya. No podía hacerlo. Los muertos nunca se mueven. Y él estaba muerto ya.

Su agresor, su asesino, le contempló con aquella diabólica mirada amarilla. Luego, lentamente, reculó, se replegó en el silencio soleado y

apacible del Acuarama. Allá, al fondo, en la gran cisterna, los delfines se agitaban y brincaban, inquietos, emitiendo sonidos que solamente los aparatos de ultrasonido captaban en su total dimensión.

Momentos más tarde, el mutismo y la quietud reinaban en el recinto. Pero entre vidrios rotos, peces muertos y agua derramada, había hasta tres hombres sin vida, con su sangre como reventones escarlata contra los vidrios y muros.

Dos empleados del Acuarama por un lado. Y Bernard por el otro...

Del extraño, reptante, sigiloso asesino, ni el menor rastro ya. Ni un solo indicio. Había desaparecido de modo misterioso. Sin dejar huella.

* * *

—Nada. Ni una sola huella, señores...

El capitán Kirk Moore, de la policía de Miami Beach, sacudió la cabeza con disgusto. Luego, cambió una mirada pensativa con sus acompañantes.

—No es el primer caso, capitán —señaló el sargento Cabot.

—No, no es el primero. Y me temo que tampoco sea el último...

—Nuevamente el sádico aniquilador... —gimió el sargento de Homicidios Lester Cabot, con disgusto, sacudiendo la cabeza.

—¿Sádico? Yo diría algo más, sargento —suspiró el capitán Moore—. Estamos ante un ser de enorme fuerza física, de terrible poder... y que, además, sale y entra sin ser visto, sin la menor posibilidad de actuar como un vulgar asesino, puesto que ha matado a gente en recintos cerrados, saliendo o entrando en éstos de forma inconcebible. Este es un caso más, entre todos los que se han presentado, sargento. Y quizá el más raro de todos...

—¿El más raro? —dudó el sargento.

—Sí —convino roncamente el oficial de Homicidios—. El caso es claro en sus circunstancias. Anormal en sus posibilidades. ¿Se ha dado cuenta de algo, sargento? Todos los accesos al Acuarama, están herméticamente cerrados. Y funcionan con un sistema electrónico exterior, que nadie ha alterado, conforme hemos podido comprobar ahora. Todo está en orden fuera de este recinto. Todo se mantiene tal como lo dejó el profesor Conrad. Pero, sin embargo, esta mañana, a las horas en que el Acuarama está cerrado, igual que el Acuario y el Zoológico... aquí hubo alguien que asesinó a tres seres humanos,

destruyó una gran pecera, causando la muerte de veintitantos peces..., pero en apariencia, *ni entró ni salió* en momento alguno, o todo el Zoológico y el Centro Under-Seas Investigation, hubiera entrado en estado de alarma, al funcionar los circuitos electrónicos de alerta, que siempre están conectados...

—De modo que, según eso... el asesino está aquí dentro —musitó el sargento.

—Eso es —sonrió tristemente el capitán, mirando a los grandes vidrios iluminados de las diversas peceras que formaban la galería semicircular del Acuario, frente al Acuarama—. Eso... u otra posibilidad aún más absurda.

—¿Cuál?

—Que el asesino... *nunca* entró en el recinto del Acuarama.

—Pero eso... ¡es imposible! —rechazó el sargento—. Alguien mató a esos hombres...

—Exacto. Alguien mató a los dos empleados del Acuarama..., y a ese desconocido, que nadie sabe cómo llegó tampoco hasta aquí. Pero que aquí fue asesinado de forma horrible... y luego desangrado.

—Desangrado... —se estremeció el sargento—. Como la víctima de... de un vampiro...

—Vampiros... —el capitán se encogió de hombros, escéptico, mirando en torno, a los rostros inexpresivos de los peces, allá en sus acuarios: a caimanes, a pulpos y reptiles, a saurios y anfibios, todos ellos clasificados y encerrados convenientemente en sus diversos recintos de vidrio irrompible, allá en el Acuario—. Es ridículo...

—Ridículo. Pero inexplicable, ¿no, señor? —sugirió, irónico, el sargento Cabot.

—Sí —el capitán Moore estudió malhumorado al hombre que era su subordinado en la División de Homicidios de la costa atlántica, en Florida—. Inexplicable... Eso es lo que más me preocupa...

Y caminó, irritado, entre vidrios rotos, huellas de agua, algas, piedrecillas, arena, peces muertos... y los cadáveres exhaustos, desangrados hasta la extenuación total, de los tres hombres muertos dentro del amplio y moderno Acuarama.

—No lo entiendo... —le oyó decir el sargento Cabot—. No lo entiendo...

El forense terminaba ya el examen del último cadáver. Estaba pálido al levantarse. Como si también a él le hubiera vaciado las venas de sangre alguien invisible, presente en el recinto de muerte.

Sacudió la cabeza al informar a sus compañeros de la policía:

—Como si les hubiera succionado la sangre un millón de sanguijuelas —señaló, estremecido—. No hay ni una gota en sus venas, capitán.

—Ya —dijo secamente el policía—. ¿Y la muerte...?

—Es difícil saberlo. Tiene huellas de violencia. Extrañas huellas. Le estrangularon inicialmente. Una fuerte presión en torno al cuello... Luego, de algún modo que no entiendo, succionaron su sangre a través de esas horribles heridas... Le vaciaron. Primero perdió mucha sangre al ser herido. Después... el resto fue absorbido por alguien...

—¿Un... vampiro? —sugirió, inquieto, el capitán Moore.

—No sé... —el médico se encogió de hombros. Miró con aprensión a los peces en torno, a las grandes vidrieras que les separaban de los demás ejemplares de la fauna marina, allí coleccionados para exhibición pública—. Siempre me resistí a creer que eso fuese algo más que una leyenda centroeuropea. Estamos en Florida, no en Transilvania, amigo mío. Personalmente, no creo en ellos. Tampoco aquí hay huellas de vampiro alguno. Pero la absorción de la sangre... Sí, eso puede significar algo, no hay duda. Algo que no está claro...

—¿También hirieron y desangraron a los empleados del Acuario?

—También, capitán. Es la misma forma de morir. Se les hará la autopsia, pero dudo que eso aclare mucho más.

—De todos modos, hágala, doctor. Esto se tiene que aclarar. Cueste lo que cueste... —el capitán se frotó el mentón, con gesto furioso—. Es demasiado ya. Toda una serie de crímenes sin explicación posible... y todos en esta misma región, en escasas semanas. Sin huellas, sin indicios, sin posibilidad humana de entrar o salir de donde los crímenes fueron cometidos...

—Como en la calle Morgue de Allan Poe, ¿no, capitán? —sonrió pensativo el médico.

—Eso es. Como en la calle Morgue. Pero aquí no hay gorila alguno, aunque estemos en un zoológico —señaló a su alrededor, al recinto lleno de vidrieras iluminadas, con toda clase de seres anfibios o marinos en los recipientes líquidos—. Ni siquiera un simio hubiera

podido entrar en el Acuarium sin accionar la alarma, doctor. Y eso es lo que más me preocupa, créame...

* * *

Rod Kelly, nervioso, encendió otro cigarrillo, tras aplastar el anterior en el cenicero.

Ahora sí. Ahora *sabía*. Ahora estaba seguro...

Sintió un escalofrío. Fumó, casi rabioso, expulsando el humo a bocanadas. Paseó por la estancia, contemplando el teléfono, sobre la mesita. Luego, miró al exterior.

Llovía a raudales sobre la ciudad. Los relámpagos, en el cielo nublado, plomizo, eran rápidos e intermitentes, iluminando de un lívido color los edificios, las hileras de agitadas palmeras en los bulevares y avenidas hacia las playas y zonas turísticas de Miami Beach.

El agua repiqueteaba furiosa contra los vidrios de la amplia puerta balcón asomada al jardín de su *bungalow*. Y contra la claraboya central, allá en la escalera de acceso a la planta alta. Y sobre las frondas del jardín, y sobre todo encima de las anchas hojas de los palmerones que se extendían, con su verde oscuro, satinado, casi de artificioso plástico, allá en la rotonda y en el porche.

Era una noche infernal. Cuando en Miami llovía, lo hacía así: intensamente. Con gran aparato eléctrico. Siempre sucedía igual en los sitios cálidos.

El teléfono repiqueteó. Rod sufrió un sobresalto. Dudó. Contempló el aparato color marfil, donde vibraba la llamada, insistente. Fue hacia él, como a viva fuerza. Lo descolgó.

—¿Sí? —dijo secamente.

—Hola, Rod —sonó una voz lejana, sorda, sarcástica.

—Eh... —contempló Rod con repentino horror, con evidente angustia, el receptor de sonido, pegado a su oreja. Luego, habló, con voz tensa: ¿Usted..., usted es...?

—Sí —dijo la voz—. Soy yo. Yo mismo, Rod.

—¿Y bien...?

—Lo siento. Sé que has llegado a saber demasiado. Eres un maldito

entrometido. Tengo que hacerlo.

—Hacer..., ¿el qué?

—Por Dios, tú lo entiendes... Lo entiendes muy bien. Tienes..., tienes que morir.

—No va a serle fácil conseguirlo —jadeó Rod, enjugándose el sudor de un manotazo.

—Estás en un error. Voy a conseguirlo. En seguida. *Ahora*.

Rod juró entre dientes. Estrujó el teléfono entre sus dedos.

—Al diablo con usted —masculló—. Ha perdido. Y lo sabe.

—No, Rod —sonó, sarcástica, la voz—. Has perdido tú. Y lo sabes... Lo siento. Buen viaje a la eternidad, muchacho...

—¡Espere! —aulló él, furioso.

Pero habían colgado ya. Oyó el lejano «clic», seco y concreto. Se quedó con el inútil teléfono en la mano, rabioso e impotente.

Entonces sonó el estallido de vidrios quebrados.

Soltó el teléfono, que colgó, oscilante. Miró, con expresión desfavorada, hacia la vidriera que asomaba al jardín.

Estaba rota. Destrozada. Una especie de roce, un siseo, un rumor jadeante, llegó del porche. Alucinado, Rod Kelly supo que la amenaza telefónica era cierta.

Allí estaba. Era la Muerte.

El siseo se alargó. Algo se movió hacia él ahora, a través de la gran vidriera rota. Corrió al interruptor de la luz. Lo quiso accionar, encender todas las luces de la sala.

Llegó tarde. No sólo para eso, sino para impedir que la única luz se extinguiera. La lámpara de rincón, de suave luz, se apagó de golpe. Un chispazo en los cables, reveló un cortocircuito. Todo el edificio se quedó sin luz. El jardín también.

El roce inquietante aumentó de volumen, de proximidad... Rod Kelly se movió torpemente en la sombra. Golpeó la mesa del teléfono. La derribó, con el aparato y el cenicero. Afuera, un par de relámpagos sucesivos iluminaron el living de amplias proporciones.

Y lo vio.

Vio *aquello*.

Moviéndose hacia él. Muy cerca ya...

Exhaló una imprecación entre dientes. Lívido, reculó, tirando una silla en su retroceso. La *cosa* le siguió, mientras la lluvia arreciaba. Los relámpagos, al repetirse, revelaron un cuerpo lustroso, brillante por el agua del diluvio torrencial del exterior. Un cuerpo que se movía, acorralándolo...

Rod sabía cuál era el resto: la muerte.

Hasta entonces, nada ni nadie había escapado al monstruo. El, desgraciadamente, no iba a ser una excepción., No podía serlo...

—Bien —dijo fríamente, parándose de repente—. Vamos, ataca. ¡Ataca, despreciable y sucia criatura! Mata... ¡mata...!

Y *aquello*, inexorable, le acorraló, le atacó...

Rod Kelly lo sabía. Era el fin. El fin irremediable.

Y no sólo suyo, de otras personas, de otros seres queridos... Quizá, en cierto modo, era el principio del fin para un mundo que, confiado, no podía prever la existencia de semejante horror viviente...

PRIMERA PARTE

CIENCIA

«Tú mismo, mi propio creador, detestas a esta criatura, a quien tu ciencia te ha vinculado con lazos que sólo podrán ser rotos con la muerte de uno de los dos...»

FRANKESTEIN, Mary W. Shelley

CAPITULO PRIMERO

Todo había comenzado mucho antes.

Justamente aquel día soleado y apacible, en las costas de Florida, cerca de los Cayos.

La Flota de Estados Unidos se había retirado justamente una semana antes, después de patrullar en torno al punto de amaraje de la cápsula espacial *Cobaya VI*, a su regreso del espacio exterior.

Algo había ido mal en ese lanzamiento, eso lo sabía todo el mundo. La cápsula no regresó en el momento adecuado, ni cayó en el lugar señalado de antemano, ni al parecer cumplió misión alguna de las encomendadas por los científicos de la NASA, desde Cabo Kennedy.

Pero tanto la NASA como el Gobierno mantuvieron un estrecho secreto informativo en torno al presunto fracaso, y sólo rumores y comentarios oficiosos llegaron a los periódicos, la radio o la televisión, sin la más leve confirmación oficial.

De ese modo, nadie estuvo seguro, a ciencia cierta, sobre lo que

falló en la prueba. La cápsula, al caer cerca del litoral de Florida — demasiado cerca, según algunos—, provocó un desplazamiento masivo de las unidades de la flota norteamericana en el Atlántico, y el bloqueo absoluto de la zona de amaraje, adonde no fueron autorizados a aproximarse ni tan siquiera los helicópteros de la televisión, en su misión informativa.

Tras la retirada de la cápsula, la Flota permaneció aún dos semanas en el área, impidiendo toda aproximación. Malas lenguas afirmaban que procedían a una descontaminación de la zona, afectada posiblemente por radiaciones procedentes de la cápsula fallida, pero tampoco eso se pudo confirmar ni negar. Formaba parte, sin duda, del *top secret* en torno a la operación de rescate del *Cobaya VI*.

Luego, tan súbitamente como aparecieran, se retiraron todos los navíos de guerras con distintivo norteamericano, y los pesqueros pudieron recorrer libremente la zona, sin encontrar problema alguno ni sufrir el más leve daño.

El incidente de la cápsula se olvidó. Bañistas, pescadores y deportistas del mar, volvieron a sus actividades habituales en el agua del litoral, playas o impetuosos *surfs* de alto y violento oleaje.

Pero sin saberlo nadie, todo había comenzado.

Así de silenciosa, de inapreciablemente...

Todo había comenzado. El horror estaba naciendo. Y eso, nadie lo sabía.

Ni siquiera el propio profesor Warren Conrad, experto en Oceanografía del Under-Seas Investigation Institute, conocido popularmente en Florida con las siglas de USII.

Ni siquiera el profesor Conrad, pese al papel trascendente que el destino reservaba al investigador marítimo en aquel alucinante asunto...

* * *

—Ocurre algo. Lo sé. Estoy seguro, Katzman.

—¿Qué ocurre, profesor? —el doctor Katzman se volvió al investigador, con cierto gesto de sorpresa.

—Algo. Quisiera saber qué, amigo mío.

—¿Malo?

—No puede ser bueno, Katzman. —Pues no lo entiendo... — estudió a su alrededor, la cubierta soleada del pequeño y blanco yate, provisto del distintivo azul y amarillo del centro de investigaciones oceanográficas. Sacudió su rubia cabeza, fuerte y maciza como todo él. Los azules ojos revelaron indecisión— ¿Qué clase de mal supone que sea?

—No sé... Esta calma, amigo mío. Esta quietud. Es excesiva.

—¿Excesiva?

—Ni los delfines asoman con sus brincos habituales. No hay bancos de sardinas. No hay bandadas de peces de superficie. No sé... Es algo raro. Repito que no entiendo lo que ello pueda ser... Pero sea lo que sea, no me gusta.

—¿Cree que haya... peligro, profesor?

—¿Peligro? No lo creo. No para nosotros, claro. Pero para ellos, para nuestros buenos amigos del mar... —se inclinó sobre la borda, señalando el azul rizado de suave espuma blanca—. Para ellos, puede que haya peligro ya.

—¿Radiactividad?

—¿Por qué no? —se encogió de hombros—. Es factible, después de un fracaso científico de nuestros expertos en Astronáutica...

—Sí, estoy de acuerdo. Puede haber ocurrido. Pero las autoridades navales, los guardacostas... han dicho que no existe razón alguna para la alarma. Podemos circular libremente por toda esta área.

—Nosotros, sí. Pero, ¿y los peces? ¿Sabemos lo que sucede abajo?

—No, claro que no...

—Bien, Katzman. Prepare el batiscafo. Nos vamos a sumergir. Quiero salir de dudas. No me gustaría que nos quedáramos repentinamente sin los mejores ejemplares de estas aguas...

—Sí, profesor.

El batiscafo estuvo pronto a punto. Su metálica esfera color azul desvaído, salpicada de manchas, de brotes de algas y de cuanto las frecuentes inmersiones provocaban en su estructura esférica, se alzó movida por la grúa, manipulada mecánicamente por un simple cuadro de controles eléctricos, por el auxiliar de los investigadores, el marinero Mark Loring.

Este conocía sobradamente su oficio. Se aposentaron dentro del batiscafo los dos investigadores, el profesor Warren Conrad y el doctor Clark Katzman. Ambos iniciaron el descenso al fondo del Atlántico, frente a los Cayos, apenas se cerró la puerta oval, y el marinero Loring inició las maniobras ante su panel eléctrico, a bordo del yate *Caribe*.

La superficie azul y apacible de las aguas, se abrió sin apenas rumor. Entró el batiscafo. Empezó a sumergirse, sujeto a la cadena y tubos de plástico y goma por donde la presión, aire respirable y comunicaciones radiotelefónicas, se extenderían hasta el interior de la cabina sumergible.

Era una labor rutinaria, dentro de las costumbres investigadoras de los hombres del USII. El Instituto Oceanográfico de Florida, dada la riqueza piscícola y las condiciones especiales de la zona marítima en aquellas latitudes, era uno de los que trabajaban con mayor intensidad en la labor investigadora. Por tanto, ese día no tuvo nada de excepcional, al menos en apariencia, ni para el propio Instituto, ni para el profesor Conrad, y su amigo y ayudante, el doctor Katzman... ni para el marinero Loring. Y mucho menos, naturalmente, para todos los demás seres humanos.

Pero eso era sólo apariencia. Pura apariencia.

Porque allí, justamente allí..., se inició el desastre. Y ellos no lo sabían.

* * *

—¿No hubo aplazamiento?

—No, Rod. Siento molestarte con esto, pero tendrás que venir esta noche. Ya sabes la hora: la de costumbre.

—Ya. Las seis...

—Eso es. Las seis. ¿Tenías algo previsto para hoy?

—No, nada definitivo. Sólo que confiaba en que hubiese un aplazamiento...

—No lo hubo. El gobernador no está dispuesto a concederlo. Debe cumplirse la ley.

—La ley... —Rod Kelly inclinó la cabeza—. No sé. A veces dudo de muchas cosas. Incluso de la ley...

—¡Rod! —se asombró su interlocutor—. No hablarás en serio,

¿verdad? Imagina que la gente supiera que nada menos que Rod Kelly, el hombre que hace de la ley su oficio, que presenta en su página semanal y en su columna diaria de cronista de sucesos, toda la actualidad de la lucha entre los representantes de la justicia y el delincuente, habla de... de la ley, con sentido de duda...

—Posiblemente perdería unos miles de lectores —rió Kelly áspidamente—. Y ganaría otros: los delincuentes, cuando menos.

—Bromas aparte, Rod. Espero verte esta madrugada en la penitenciaría...

—Claro. Estaré allí. Pero no hablaba en broma, amigo mío. No hablaba en broma. Para mí..., Spencer Dahl es inocente. Y esta madrugada, van a ajusticiar a un inocente...

Sin añadir más, colgó el teléfono. Encendió un cigarrillo. Paseó, nervioso, malhumorado. Los ojos fríos de Spencer Dahl, le contemplaron desde la primera plana de su periódico, doblado encima de una mesa. Respiró con fuerza, y volvió el periódico del revés, cubriendo la fotografía. En su lugar, quedaron los gruesos, negros caracteres del gran titular de primera plana:

«¿Será ejecutado? ¿Prevalecerán las dudas sobre su culpabilidad?»

Y debajo, un subtítulo:

«Spencer Dahl será conducido a la cámara de la muerte, acusado de homicidio. ¿Fue realmente culpable? ¿O es sólo un enfermo mental, un irresponsable?»

—Un irresponsable... —musitó entre dientes Rod—. Eso es Dahl... Pero el fiscal no lo entiende así...

Siguió paseando. No tenía con quién discutir la cuestión. No sabía qué pensar acerca del asunto. Lo cierto es que hubiera querido hacer algo por Dahl. Pero no había nada que hacer. Por parte de nadie. Cuando un hombre está condenado a muerte, la cosa es mala. Si esa condena se confirma en la misma víspera, sin aplazamiento posible, la

cosa es mucho peor aún. Realmente, no tiene remedio.

El no discutía que fuese culpable o no. Dahl había matado a dos seres humanos, sobre eso no había duda. Pero en lo demás, cabían muchas objeciones legales. Dahl era un enfermo, un pobre psicópata. El le había visitado en la prisión, incluso había publicado una serie de patética entrevistas con Spencer Dahl, en la columna de sucesos habitual de su periódico. La gente estuvo de su lado. Un gran sector de la opinión responsable, no ya de Florida, sino de otros estados de la Unión, se manifestaron a su favor también. Pero todo eso no sirvió de nada. El gobernador no concedió el perdón. Ni tan siquiera el aplazamiento de la sentencia.

Y ésta se iba a cumplir. Inmediatamente.

Rod Kelly aplastó el cigarrillo en el cenicero. Lo hacía siempre que estaba nervioso o sometido a una extrema tensión. Se alejó del periódico. Caminó hacia la puerta de su *bungalow* frente a Miami Beach. Miró al exterior. A las luces de la población, de las avenidas bordeadas de palmeras...

—No me gusta —murmuró entre dientes—. No me gusta que ejecuten a ese hombre. Su auténtico lugar sería... un centro psiquiátrico, unos médicos, una reclusión... Es su mente la que está enferma. Su cerebro... ¿Es que no entienden?

No. Seguro que no lo entendían. De otro modo, Spencer Dahl no sería ejecutado aquella mañana, a las seis en punto, en la penitenciaría del estado de Florida...

* * *

—Spencer...

—¿Sí, Zena?

—Spencer, no pueden hacerlo... ¡No pueden hacerlo!

—Lo harán. Ya está decidido —sonrió él, gravemente, sin desviar sus ojos de ella.

—¡No eres culpable! ¡No pueden responsabilizarte a ti de todo! —gritó ella.

—Eso piensas tú, querida. Ellos piensan de otro modo. Me temo que no haya solución. No vas a convencerles. Yo tampoco. Me condenaron. Había la esperanza del gobernador, pero... dijo «no». Y será a las seis. A las seis en punto...

—Spencer, hay médicos, hay especialistas que habrán estudiado tu caso, que habrán dictaminado honestamente...

—¿Honestamente? No sé... —el reo se paseó nervioso, al otro lado de la verja de separación, una auténtica red de alambre, con un vidrio hermético por única ventanilla de comunicación—. Dudo de la honestidad de muchos médicos. Para ellos, lo bueno es lo cómodo... Lo que no implica comprometerse. Es una profesión hermosa. Deberían entregarse a ella sin egoísmos. Desgraciadamente...

Siguió paseando. Zena no insistió. Entendía al recluso. Entendía sus dudas, sus problemas, sus rencores incluso. Nadie le ayudaba. Nadie. Ni jueces, ni abogados, ni fiscales. Ni tan siquiera los médicos... Era la máquina legal. Oxidada, a veces, en demasiados engranajes.

Y todo eso iba a costar la vida de un hombre. Un hombre que no negaba sus culpas. Muy recientemente había admitido eso él mismo:

—Es verdad —dijo a cuantos quisieron escucharle, incluida la televisión—. Maté a dos hombres. No, no sentía nada especial contra ellos. Sólo dolor. Dolor en mi cabeza. Un dolor terrible, que solamente se calmó con... con la muerte de los dos. Eran necios, estúpidos, vacíos, mediocres... Lo estúpido, lo necio, lo vacío, lo mediocre, debe ser exterminado. Extinguido. La masa está hecha de todo eso. La masa sobra, estorba. Yo me encargaré de que la masa sea mejor. Pero no me dejan. Me culpan por ello... ¡Me culpan por tratar de hacer mejor al mundo, por intentar hacerle un poco menos vulgar, un poco menos necio, menos torpe, menos absurdo! ¿No es verdad que sólo lo perfecto, lo idóneo, lo sensato, lo inteligente y lo que conduce a algo o crea algo, debe sobrevivir? Lo demás, es un lastre para todos. Yo intenté privar de ese lastre a mis semejantes. Dicen que soy un asesino. ¡Imbéciles, torpes y, además, ruines! Si al menos dijeran que estoy loco... Loco... ¡Sí, eso sí! ¡Divina condición la de loco, la de demente, la de anormal! Porque si lo normal es lo que nos rodea, si normal es ver unas ciudades invadidas de contaminación, de coches, de demencia colectiva, de estupidez masiva, de abyecta sumisión a todo lo programado, desde un *slogan* publicitario a una orden militar..., ¡yo deseo ser lo que soy! Un loco, un demente, un ser fuera de ese desquiciado mundo ridículo que pretende aunar a la civilización toda, a la humanidad en pleno, dentro de una masa demoníaca, como borregos perdidos hacia un abismo sin fin... ¡Sí, entonces, sépanlo todos, Spencer Dahl está loco...! ¡Loco hasta la demencia criminal! Y me siento orgulloso de ser criminal..., porque así libro a mi desgraciado mundo de hoy de una serie de lacras y de estigmas vergonzosos y ruines...

Eso dijo Spencer Dahl por la televisión. Los organismos censores del país intervinieron en lo posible, escandalizados. Los ridículos, pero inevitables padres de familia, terciaron, santamente indignados... Y la gente, al menos la gente que hubiera podido dar parte de razón al desdichado Dahl, no se llegó a enterar siquiera de su modo de ser, de pensar y de razonar, por muy demencial que fuese.

La ley, la justicia, el orden y todos los inexorables sistemas del hombre para atar o aniquilar al hombre, actuaron a su modo. Eso también lo dijo el reo en su celda. Pero nadie, sino su escéptico celador pudo escucharlo. Y para entonces, faltaban sólo diez horas para su ejecución...

Zena Dahl, había sido su amante unos años. Luego, incluso llegó a ser su esposa. Se habían casado durante el proceso. Eso no varió la rígida e invariable decisión del jurado. La pena capital se confirmó. Los psiquiatras, no queriendo complicarse demasiado en el escandaloso proceso, alegaron que el estado mental del acusado era correcto.

Ahora, nada tenía ya remedio. Solamente ocho horas después, sería ajusticiado Spencer Dahl.

—¿Quieres algo, querido?

Dahl miró a Zena con fijeza. También con patetismo.

—Sí —musitó—. Quiero vivir. ¡Vivir! Sólo eso, ¿entiendes?

—Lo lamento, Spencer —respondió ella, amargo su tono—. No está en mi mano proporcionártelo...

—Sí, lo sé. No te lo pedí a ti. Sólo te dije lo que quería. Lo que nadie va a darme ya.

—Si estuviera en mi mano...

—Pero no está, Zena. No te tortures con eso —incluso sonrió, yendo a la verja de separación. Le tendió sus manos, que sólo tocaron vidrio irrompible, a prueba incluso de balas—. No sufras conmigo. No pienses en todo esto. No vale la pena.

—No puedo evitarlo. Debo pensar... ¡Debo pensar y torturarme, Spencer! —casi gritó ella.

—No, por Dios —murmuró Dahl—. Ven mañana. Cuando todo haya pasado. Hazte cargo de mí, de mi cadáver.

Luego... recuérdame. Llévame flores, Zena. No me olvides. Eso bastará, estoy seguro.

—¡Oh, Spencer, Spencer...! —sollozó ella— Ocurra lo que ocurra... siempre te amaré. Sí, siempre...

Cuando se la llevaron fuera de la sala de visitas de la penitenciaría, iba llorando aún. Spencer Dahl no dijo nada. No reaccionó. Se dejó llevar por su celador, de regreso a su celda. Ingresó en ella silencioso, taciturno.

Era la última visita que recibía. La última de aquella fecha. La última de su vida. Su vida, que iba a terminar a las seis de aquella misma mañana, en la cámara de ejecuciones. La última esperanza de demorar ese destino terrible, se había diluido ya. No había aplazamiento. No había nada. Sólo confirmación de la sentencia. Pagaría sus crímenes en el último reducto para los delincuentes. Se le había negado el ingreso en un centro sanitario donde pudieran curar su dolencia mental. Era el fin.

Y no sentía miedo a morir. Ni tan siquiera odio o ira hacia nadie. Lo único que sentía era no poder continuar su obra. Aniquilar a los seres dañinos para el mundo, a los que, según él pensaba, convertían en nociva a la sociedad humana.

—Ellos no entienden. Nunca entendieron... —susurró—. Ni entenderán jamás...

Luego, empezó a reír. A reír sin descanso. Nadie supo si se reía de los demás o de sí mismo. Si era un demente o un personaje enteramente cuerdo el que reía...

Quizá nunca se llegó a saber.

Porque a las seis de la mañana, exactamente, Spencer Dahl fue ejecutado.

CAPITULO II

—¿Ve algo especial, profesor?

—No, no... Pero juraría que lo vi hace poco. Por allí, entre esas

rocas, Katzman...

El batiscafo, a una indicación telefónica de Katzman a control, descendió un poco más, pendulando en la profundidad azul, en busca de aquel recoveco donde Conrad creía haber captado algo raro.

—¿Qué era, profesor? —quiso saber Katzman, lleno de curiosidad.

—No sé... —Conrad meneó su canosa cabeza, dubitativo—. Me gustaría saberlo, sinceramente. Pero no he llegado a descubrirlo en su exacta dimensión. Fue... fue una simple impresión fugaz, algo que creí ver, sin estar seguro de nada...

—Cuando menos, sabrá lo que *creyó* ver...

—Sí, eso sí —afirmó Conrad, con sus estrechos ojos brillantes, en el fondo de su rostro rugoso, casi patriarcal—. Eso sí..., pero prefiero esperar a estar bien seguro de ello, mi querido amigo. Nunca fui partidario de las teorías aventuradas, bien lo sabe usted. Y esto no deja de ser aún una simple teoría... en tanto no se confirme con la propia realidad.

—Cuidado —avisó la voz severa de Katzman—. Estamos llegando al tope de descenso del batiscafo...

—Ya veo —los ojos de Conrad, con malhumor, se fijaron en los indicativos de profundidad, que rozaban ya el límite de «cero» marcado como tope de descenso. Una luz roja se encendió en los paneles. Era la señal de alerta. Después de eso, quedaban apenas diez o doce yardas de descenso posible. Tras ello, el riesgo era ya grave. Incluso podía ser mortal.

—¿Subimos de nuevo?

—No, no. ¡Mire ahí! ¡Otra vez...!

Miró. Descubrió algo. Apenas si llegó a tiempo de advertir su forma, ni tan siquiera su naturaleza. Solamente descubrió una sombra fugaz, perdiéndose entre las rocas. Algo pareció reptar, como si un puñado de serpientes se movieran entre los torvos peñascos de las profundidades, mal alumbrados por el foco explorador, penetrante, de la superficie curva y metálica del batiscafo.

Los ojos de Katzman escudriñaron las azules penumbras ondulantes, a través de algas, peñascos y viscosa flora abisal. No captó detalle alguno nuevo. Ni el más leve rastro de aquella forma huidiza, veloz, reptante, perdida en una especie de grieta o hendidura del fondo.

Luego, alrededor de ellos, todo fue calma. Flotaron peces dorados, rojos y negros, translúcidos o azules, en el agua gélida de las profundidades. Conrad expresó desaliento. El alcance de la esférica nave sumergible, estaba a tope. Casi rozaban el cero de su índice de inmersión.

Se detuvo ésta. Frenó arriba Loring. También avisó en ese sentido Katzman. Luego, dio orden de elevarse nuevamente. Chirriaron las cadenas y cables externos. La voz de Loring les llegó nítida por el auricular:

—Sí —dijo—. Deben subir. Es peligroso permanecer ahí. Y más peligroso continuar. Están en el límite...

En aquel momento gritó de nuevo Conrad, con voz descompuesta:

—¡Eh, mire! ¡Allí, Katzman, allí! ¿No lo ve ahora? ¿Puede verlo?

Katzman aguzó su mirada, pegándose al visor donde se hallaba ahora su jefe y amigo. Asintió con voz que brada:

—Cielos... Sí, claro que lo veo... Es... es un...

—¡Un octópodo, exactamente! —afirmó con voz sorda, crispada por la emoción, el profesor Conrad—. El mayor octópodo que jamás vi en mi vida...

—Yo sólo vi uno mayor —musitó Katzman, asombrado—. Y era en una película... *Veinte mil leguas de viaje submarino*, profesor...

—Eso era truco, amigo mío. Simple truco de unos Estudios cinematográficos —jadeó la voz ronca de Conrad—. En cambio, ése... ése es *auténtico*. Es un pulpo, amigo mío. Un pulpo gigantesco... en una zona donde jamás hubo ninguno de su especie... ¿Se da cuenta? Esa cápsula, su radiactividad, lo que haya sido..., ha desarrollado cuando menos a un pulpo. Uno sólo..., si no son más. Gigantesco... Enorme, Katzman...

Pero ya el batiscafo subía vertiginoso hacia la superficie. Dentro de él, ambos investigadores, aún asombrados por la visión del extraño octópodo, del pulpo de desmesurado tamaño, que jamás se dio en aquellas aguas.

—Profesor, me hubiera gustado ver mejor a ese ser de las profundidades —musitó con voz ronca Katzman—. Pero era peligroso arriesgarse. Lo siento...

—¿Sentirlo? No lo sienta, Katzman... —habló con voz ronca el

investigador oceanográfico—. Le juro que volveremos a verlo. Bajaremos de nuevo. Y esta vez, no subiremos tan rápidamente, esté seguro de ello... Al menos, yo no subiré.

Katzman no dijo nada. Estaba pensando aún. Pensando en lo que había visto allá abajo, en las profundidades, perdiéndose entre las rocas...

El también había visto a un pulpo, era cierto. Pero un pulpo sorprendente, enorme. Un auténtico monstruo de las profundidades, donde los pulpos nunca fueron sino de dimensiones normales, sin extrañas metamorfosis como aquélla...

Miró de reojo a su compañero de viaje a las profundidades, en tanto el batiscafo era izado a la superficie. El profesor Conrad parecía fascinado, alucinado por la fugaz visión de las profundidades, el rostro pegado al vidrio, la mirada perdida en el oscuro azul externo, perforado por la luz del ingenio sumergible.

Era como si alguien le hubiera hipnotizado. Como si algo, invisible ahora para Katzman, fascinase al hombre de ciencia. Pero afuera, él podía comprobarlo fácilmente a través de las vidrieras ovales del batiscafo, no había] nada. O, cuando menos, nada se veía.

El eterno silencio del continente líquido y oscuro era como un envolvente sudario pegajoso, adherido al batiscafo con extraña viscosidad. No era posible ver ya nada. Salvaron una masa de algas, y alcanzaron la superficie marina... El batiscafo, chorreando agua, emergió,

Abajo, en la sombra eterna, quedaba la incógnita, el misterio que aún parecía tener sujeto a Conrad, como ligado a aquella rápida, rara visión de un insólito pulpo gigantesco, filtrándose entre las rocas de una sima marina.

Katzman salió del batiscafo sacudiendo su cabeza aturdida. Conrad, sin embargo, era aún un hombre ausente, lejano, como hipnotizado, al pisar de nuevo el suelo del yate *Caribe*. Tuvo Katzman necesariamente que zarandearle para volverle a la realidad. Conrad le miró, con expresión distante.

—Profesor, deje de pensar en ello —pidió Katzman- Es posible que ambos nos equivocáramos, y...

—No —rechazó él vivamente—. Usted sabe que no, No nos hemos equivocado en momento alguno. Lo cierto es que... vimos a ese pulpo gigante. Algo ha sucedido con la fauna abisal de esta área, Katzman...

Y ese algo, posiblemente, es que la radiactividad de esa cápsula espacial averiada... lo alteró todo. Todo. Incluso la estructura de las criaturas de las profundidades...

Katzman no dijo nada. Conrad acababa de apartarle casi con violencia de su lado. Luego, entró en las cabinas del yate, sin añadir palabra. Sin querer discutir. Como si todavía continuara fascinado por aquella fugaz visión en el fondo del mar, cuando creyó descubrir los tentáculos de un raro pulpo gigante, inexistente por completo en aquellas latitudes.

Se volvió. Loring había abandonado los controles eléctricos del batiscafo. Se aproximó a él, con gesto preocupado.

—¿Qué pasa, doctor? —indagó.

—No sé... —Katzman se encogió de hombros, con sombría expresión—. Creo que allá abajo hemos visto algo fuera de lo corriente...

—¿Qué, en realidad, doctor?

—Me gustaría saberlo. Pero tengo mis dudas. Tal vez nos equivocamos los dos. O quizá, a fin de cuentas, lo que mucha gente teme es cierto..., y estamos ante una aberración biológica. Lo cierto es que he visto la criatura marina más grande que pude imaginar..., al menos en la especie descubierta.

—¿Habla en serio, doctor?

—Totalmente, Loring. He visto un pulpo. Pero bastante mayor que un caballo o un animal semejante, amigo mío... Sé que suena a absurdo. Sin embargo, eso es lo que he visto... y también el profesor.

—¿También él? —Loring se rascó sus ralos cabellos pajizos—. Pues más parecía que hubiera visto un fantasma.

—¿Un fantasma? Es posible, sí... A veces, un monstruo marino, como cualquier alteración de los órdenes de la vida... es un fantasma. El fantasma de un poder que creemos controlar y que, desgraciadamente, está lejos de ser de nuestro dominio, amigo Loring...

Sin añadir más, Katzman se encaminó a la popa de la embarcación, fatigado, se tendió en cubierta, bajo el toldo, y descansó en tanto la embarcación volvía a tierra, haciendo roncar ruidosamente su poderoso motor.

Carol hendió las aguas como una flecha humana, vertiginosa y aguda, abriendo a su paso la espumeante masa azul, como algo dócil y a su merced. Su cuerpo escultural, brioso, estilizado, era una escultura casi perfecta, o perfecta del todo, ceñida por el color azul intenso de su atavío de goma. Tras ella, el naranja vivo del traje de inmersión de su compañera, era una nota viva de color, en las azules aguas, iluminadas por sus respectivas portátiles y potentes lámparas eléctricas.

Un ancho pez aleteó ante Carol, apenas un par de segundos, antes de buscar el refugio de los peñascos orlados de algas y matorrales de líquenes. La pistola submarina de Carol zumbó, en el mundo del silencio. Brotó un dardo. Alcanzó de lleno la panza blanca y palpitante del pez. Una roja explosión rodeó al animal, en su colear desesperado hacia el fondo. El dardo siguió perforándolo, unido al cable de unión al arma disparada por la dama de indumentaria azul.

Tras las gafas submarinas, los ojos de ella brillaron, joviales. Giró la cabeza. Le hizo un gesto de aprobación su compañera de color naranja, y su mano enguantada del mismo color, marcó un ademán de victoria y aprobación a la vez. Sonrió la radiante Carol, expulsando burbujas de aire entre sus labios, antes de succionar el tubo de su depósito.

Luego, ambas buscaron la superficie, elevándose con celeridad. Sus piernas elásticas, flexibles, aletearon con viveza. Las aletas golpearon rítmicas el agua azul, ondulante, luminescente a la claridad de las lámparas de ambas.

El pez cazado siguió tras ellos, volteando entre burbujas de sangre violenta, piscícola, arrastrado por el cable del arponcillo disparado sobre él.

Inesperadamente, ocurrió.

Fue al pasar junto a un macizo de peñascos abruptos, bordeados de frondosos matojos de líquenes. Algo se enroscó en la pierna de Carol. Ella hubiese gritado. Acaso lo hizo. Pero aquél era un mundo de silencio. Nadie se enteró de ello. Su compañera color naranja iba por delante, veloz hacia la superficie.

No pudo ver lo que sucedía a sus espaldas. Carol había sido cazada, aprehendida por una especie de sarmiento viviente, provisto de succionantes ventosas. Una forma viva, reptante, viscosa, que culebreaba como un ser animado de vida propia... Luego fue otra, una

segunda forma igual a la anterior. Pero ambas pertenecían a un mismo cuerpo. Eran iguales. Eran tentáculos. Tentáculos de pulpo. Enroscados en torno a ella... Sujetándola, dominándola.

Carol forcejeó. Se revolvió, con ojos dilatados por el terror. Descubrió al ser que la combatía. En seguida supo de su despiadada naturaleza. Era un cefalópodo monstruoso, increíblemente grande y poderoso. La aferraba, tiraba de ella, la dominaba con fuerza titánica.

Y ella no podía defenderse...

Era difícil, por no decir imposible, avisar a su compañera. Ella nunca la oiría. Estaba segura, sin duda alguna, de que seguía tras de ella, ascendiendo hacia la superficie. Ni siquiera se volvería en momento alguno.

Y era lógico. No había razón para ello. Aquella era una zona habitualmente destinada a las investigaciones subacuáticas del Instituto. Ni un problema, ni un caso anómalo... Incluso los animales que frecuentaban la zona, en el fondo submarino, eran casi conocidos, viejos amigos de los oceanógrafos...

Así, Carol luchaba ahora, pugnando con aquella doble presión en su bien torneada pierna, cubierta de goma azul. Sentía su cuerpo volteado por la fuerza del animal, su vida en peligro por aquella presión inesperada... Se revolvió, buscando a la desesperada su cuchillo, y soltando para ello su pistola arpón, recién disparada. Se fue al fondo, con el cable y el dardo. Y, naturalmente, con el pez perforado, que dejó una estela sangrante, hacia el abismo azul oscuro, casi negro.

Era poca arma el simple cuchillo frente al pulpo. La cabeza extraña, gelatinosa y blanda, emergió por encima de las rocas. Sus tentáculos se agitaron. Seis de ellos aparecían libres, reptando como culebras en el mar. Los otros dos, sujetaban su cuerpo. La forma de ingente medusa, aterrorizó a Carol.

Nunca vio, antes de ahora, un pulpo semejante. Cuando menos, era cuatro veces el tamaño del mayor que había conocido en su vida, corta en años, pero larga en experiencias subacuáticas, especialmente dentro del área reservada a los expertos en Oceanografía.

A pesar de todo intentó hincar la hoja de acero en el cuerpo viscoso, evasivo, fuerte y agresivo. No logró nada, naturalmente. Forcejeó con el colosal pulpo, sintiendo que su pierna empezaba a ser triturada virtualmente por aquella presión insostenible. Pese a ello, luchó con todas sus fuerzas, intentando desbaratar los siniestros afanes

del cefalópodo, sin lograrlo tampoco.

En ese momento, giró la cabeza su amiga. Y descubrió lo que sucedía...

No perdió el tiempo ésta. En vez de lanzarse hacia abajo, para luchar en defensa suya, estando ya próxima a la superficie, optó por seguir adelante, asomar entre el oleaje suave y gritar algo al exterior. Luego, una vez avisado alguien, se precipitó audazmente hacia el pulpo gigante, virtual triunfador de la desigual batalla.

Ella, la muchacha del traje de goma naranja, enarboló su propia pistola de dardos submarinos, sin disparar en la breve cacería subacuática. Y disparó uno sobre el animal...

Tuvo fortuna. No alcanzó uno de sus reptantes tentáculos, mientras éstos se agitaban entre piedras, líquenes y arena, levantando una densa polvareda submarina. Pero sí hirió su deforme cabeza blanda. Un chorro oscuro brotó del animal herido, y en el acto, culebreando con ira, los tentáculos soltaron a Carol. Esta nadó a viva fuerza, usando sólo una pierna, lejos de donde se hallaba el monstruo de las profundidades.

Su amiga logró alcanzarla, tomarla de una mano, tirar de ella hacia arriba... Cuando salieron a la superficie, en las rocas y algas se había perdido, tras dejar un nubarrón oscuro de tinta, el pulpo malherido por la muchacha de atavío color naranja.

* * *

—¿De modo que también lo visteis vosotras dos?

—¿Verlo? ¿A qué o a quien, profesor? —indagó Sandra Steele.

—A ese monstruo, naturalmente... Al pulpo gigante...

—Sí, lo vimos —afirmó serenamente ella—. Parecía en realidad gigante. Pero nunca supe que hubiera por aquí semejantes peligros...

—No, Sandra —negó apaciblemente el profesor Conrad—. En realidad, no existen esos peligros. Es solamente un fenómeno, algo raro y poco frecuente... Creo que hay uno. Uno solo. Y eso no constituye riesgo...

—¿No? —dudó Sandra—. Pues su hija estuvo a punto de morir, profesor...

—Oh, sí, claro... Ella cometió un error. Se confió en exceso. Nunca

debió hacerlo... Mi hija no tiene prudencia suficiente. La avisé...

—Profesor, si no hubo nunca monstruos de esa naturaleza, ¿cómo pudo avisarla a ella de semejante cosa? —se quejó la joven—. Diga más bien que el peligro se ha presentado de repente... y deben prohibir que nadie se sumerja en estas aguas...

—Bueno, en cierto modo..., sí. Es lo más prudente, Sandra, muchacha. No volváis a sumergiros en esa zona. No, en tanto exista el ejemplar gigante de octópodo...

—¿Va a hacer algo por controlar ese crecimiento, por aislar a ese ejemplar...?

—Sí —afirmó Conrad gravemente—. Cuando menos, voy a intentarlo. Y lo antes posible...

* * *

El profesor Conrad dejó de preparar todos los útiles de a bordo. Se volvió, intrigado.

—Perdone... —habló con voz grave—. ¿Qué dijo usted?

—Me ha oído muy bien, profesor —respondió su interlocutor—. No se haga ahora el distraído.

—Es que estaba distraído —confesó el científico. Ceñudo, contempló el celaje grisáceo, sobre un mar plomizo, algo revuelto—. El día no es bueno. Pero debo hacerme a la mar. Mi labor profesional lo exige.

—Debe escucharme antes. Le conviene hacerlo, profesor.

—¿A mí? —Conrad se engalló un poco—. ¿Por qué me conviene?

—Hace tiempo, usted fue un biólogo notable. Investigó ciertas materias prohibidas, sobre el ser humano...

—Oh, eso —rechazó vivamente Conrad—. No, no. No sé nada de todo ello. Ni me interesa ya, en realidad. Es mejor que se marche, amigo.

—Profesor, sé que ahora dedica enteramente su vida a la Oceanografía. Pero su fuerte fue la Biología, el misterio de la existencia humana... Yo le traigo algo valioso. Material de primera mano para sus experimentos...

—Márchese —cortó secamente Conrad—. Ya no me interesa nada de aquello. Llegó usted tarde. Sólo los peces me preocupan...

—¿Y... las personas no?

—No. Rotundamente, no —sostuvo el científico con acritud.

—Escuche. Mi coche es un vehículo muy especial. Tiene un compartimento frigorífico en su parte posterior. Ahí traigo lo que podría interesarle. He engañado a algunas personas. A una mujer interesada, entre ellas. Todos creen que cierta persona reposa ya en tierra sagrada, tras su muerte. Y no es cierto. Aquí viene. Conmigo. Usted, quizá, pudiera comprarme ese cuerpo que...

—¡No! —cortó con rudeza Conrad—. Váyase, maldito sea. Ya sé lo que quiere. Y lo que piensa. Le informaron mal. Ya no soy aquel hombre que creyó hallar. Todo ha cambiado en mí totalmente. Es mejor que se vaya. De una vez por todas. Y no vuelva. Jamás, ¿entiende?

—Está bien. Jamás volveré, amigo. Jamás... —rió entre dientes—. Siempre hay gente que compra cosas como la que yo llevo ahí. Es horrible, pero lo hacen. Soy pariente suyo, ¿lo sabía? El tenía esposa, pero... la engañé. Y a otros muchos también. Alguien me dijo que usted... había estado buscando algo así durante años enteros...

—Es cierto. Pero eso era entonces. Márchese. Y olvide que me hizo esa oferta. Si insiste, avisaré a la policía. No tendrá salida posible.

—Sí, entiendo. Adiós, profesor...

El hombre se encogió de hombros. Inició el regreso a su coche-furgoneta, parado en el embarcadero, con el nombre comercial en la carrocería. Conrad vaciló, mordiéndose el labio inferior. Luego, sin poderlo evitar, elevó la voz. Preguntó al hombre que había llegado con la furgoneta:

—¿Quién es él exactamente?

—¿El? —se volvió despacio el visitante, parando su marcha enérgica hacia el coche.

—Sí, el... el muerto... —jadeó roncamente Conrad.

El otro se lo dijo, escueto:

—Spencer Dahl, el asesino loco...

CAPITULO III

—Spencer Dahl...

—Ya está muerto —Rod Kelly inclinó la cabeza—. Y enterrado. O incinerado, no sé. Eso fue cosa de su mujer, de un pariente suyo... Ellos reclamaron el cadáver, capitán Moore. Es todo. Para mí, ha terminado el asunto...

—No sería agradable asistir a sus horas finales...

—No, no lo fue. Nos miró a todos antes de entrar en la cámara mortal. No olvidaré nunca su mirada. Luego, inesperadamente, comenzó a reír. Nos señaló. ¿Sabe lo que dijo, capitán?

—No, ¿cómo puedo saberlo? —el policía se encogió de hombros—. Imagino que nada de ello fue digno de recordar. Me alegré de no estar obligado a acudir, Kelly.

—Pero yo sí tuve que asistir, como periodista que soy. Por eso fui uno de los involucrados en su ademán. Nos miró a todos, nos fue señalando y dijo, dramático: «Juro ante Dios que soy inocente. Más que todos ustedes, cerdos. Si hay otra vida, como dicen, volveré. Y volveré para terminar con todos, uno a uno...»

—Hermoso discurso —rió entre dientes el policía—. ¿Asustado, Kelly?

—Nunca me asusté antes de ahora. Le diré que estoy impresionado, eso es todo.

—El ya murió, ¿no es cierto? Los muertos no pueden volver para matar a nadie.

—Lo sé. Pero él lo dijo tan convencido... —Kelly se encogió de hombros—. Menos mal que sé dónde fueron sepultados sus restos. Su esposa Zena se ocupó de ello. Se casó con ella en la prisión, ya sabe. Personalmente, sigo creyendo que el pobre diablo debió ser recluido como un enfermo mental, y no ser ajusticiado como un criminal vulgar. Pero eso, ya nadie puede resolverlo.

—Cierto. Nadie en este mundo. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Escribir un hermoso epitafio periodístico a ese hombre?

—Más que eso, intentaré que el epitafio, en una buena lápida,

caiga sobre el gobernador y los que le ayudaron a confirmar la sentencia.

—Cuidado, Kelly. Es una posición heroica, pero ingrata. Recuerde que los héroes solamente triunfan en los relatos novelescos. En la realidad, acostumbran a morir de hambre. Y los políticos siguen medrando.

—Cada cual cumple su misión en la vida, capitán Moore. Deje que intente hacer la mía.

—Está bien, allá usted. Sólo le avisé porque soy un buen amigo suyo.

—Lo sé. De otro modo, no hablaría así. A pesar de todo, escribiré en favor del ajusticiado. Caiga quien caiga, capitán.

—¿Aunque sea usted?

—Aunque sea yo —afirmó Rod, sonriendo fríamente. Luego suspiró, empezando a meter camisas y prendas en su maletín—. De cualquier modo, si quiere verme en la próxima semana, tendrá que ir hasta el litoral. Me voy unos días de descanso. Eso hará bien a los políticos. Y a mí, naturalmente...

—Sí, claro. Lo comprendo bien. ¿Se va lejos?

—No. Me quedo en Miami Beach. Pero en un hotel de la costa. Disfrutando de deportes náuticos. Y olvidando el crimen, que es mi pan de cada día...

—Le deseo unas felices fechas de vacaciones, amigo mío. Y que no tenga durante ellos problemas de ninguna especie —le deseó cordialmente el capitán Kirk Moore.

Como profeta, tuvo un rotundo fracaso. Porque jamás a un hombre se le pudieron presentar tantos problemas como a Rod Kelly, en aquellos días suyos de descanso, en Miami Beach.

El primer problema, precisamente, fue uno que le era ya harto familiar en su cotidiana labor como cronista de sucesos: un asesinato...

* * *

—¿Asesinato?

—Sí, eso dije: asesinato...

—Extraño asesinato, ¿no es cierto?

—Muy extraño. Pero morir un hombre violentamente..., siempre ha sido asesinato.

Rod Kelly no añadió más a sus palabras. Ni hacía falta. El policía de Miami Beach, tampoco le forzó a ello. Estaba demasiado ocupado con el cuerpo que el oleaje había depositado en la playa suave y dorada, a escasa distancia del embarcadero de yates.

—Está lleno de señales de violencia —indicó el policía local—. Pero son raras las señales... Además, se le ve tan pálido, tan enjuto, tan... tan seco...

—Seco —Kelly afirmó, pensativo. Se irguió, alejándose de la arena mojada y del cuerpo que rodeaban los policías locales—. Sí, muy seco, pese a estar mojado...

Y valga la paradoja, amigo. Usted me entiende bien, ¿no es cierto? De lo único que está seco es de... de SANGRE.

Reinó un extraño silencio en la playa, en el atardecer algo nuboso y tristón, con ráfagas de aire fresco, procedente del mar, saturado de olor a yodo y salitre.

Y también húmedo y desapacible. No lejos de allí, en las rocas del faro, chillaron las gaviotas, a bandadas, rozando el mar grisáceo con sus alas.

—Sangre... —musitó el policía local. Se rascó la cabeza, pensativo. Se irguió, contemplando el mar—. Sí, es cierto. Sangre... No hay ni una sola gota en sus venas... ¿Qué pudo sucederle...?

—No lo sé. No puedo entenderlo muy bien, pero alguien succionó su sangre hasta el límite.

—¿Vampiros?

—¡Vampiros! —rió entre dientes Kelly—. ¿Cree usted en ellos?

—No, nunca creí, pero ahora...

—Siga sin creer. No es fácil que se trate de eso. Personalmente, no creo que existan vampiros. Los que existen, los conocemos todos muy bien, y succionan la sangre de los seres humanos, pero con más lentitud, sin precipitarse... —soltó una leve carcajada—. ¿O nunca estuvo en manos de un banquero, pongamos por ejemplo?

—Oh, señor Kelly, siempre bromea usted —se quejó el policía local.

—No, lo malo es que no bromeo —estudió el cuerpo, pensativo—. ¿Lo han identificado ya, cuanto menos?

—No. No hemos podido identificarle. No sabemos quién es. No es un habitual de esta región, puede creerme.

—Muy bien. Entonces, trate de saber quién es. Como sea. Eso puede ayudarnos a identificar no sólo su identidad, sino, tal vez, la de su pregunto asesino...

El policía afirmó con cierto entusiasmo. Se alejó, pero sólo para esperar la llegada de la ambulancia y el coche patrulla policial a la playa donde apareciera poco antes aquel extraño cadáver del rostro crispado, y las venas completamente vacías, flotando en el remanso del oleaje que iba llegando, pausado, a la orilla arenosa.

Rod Kelly se incorporó, echó a andar hacia el cercano club Náutico, al que se hallaba anexa la amplia instalación del Instituto Oceanográfico, con su espléndido Acuario y el edificio del Acuarama, situado tras los embarcaderos de canoas y yates a motor, propiedad en su mayor parte de los ricos socios de aquel recinto sociodeportivo.

—Debe ser mi destino —pensó, ceñudo—. Abandono la ciudad para reposar, lejos del suceso y del crimen... y me encuentro con todo ello aquí mismo, en la playa... ¿Es que no puedo dejar de ser nunca el periodista de sucesos?

Era un monólogo y, como tal, carecía de respuesta. Pero Rod pensaba que hubiera sido preferible hallarse en la ciudad, cumpliendo su misión en el periódico, a encontrarse en Miami Beach, pretendiendo disfrutar de unas vacaciones que, por desgracia, los propios acontecimientos se encargaban de estropear apenas iniciadas.

—¡Oh, no! —estalló de repente una voz, cuando pisó el largo entarimado del embarcadero—. ¡Rod Kelly en persona...! ¿Qué hace aquí el lince de los periodistas?

Rod alzó la cabeza, sobresaltado. Se quedó mirando, con sorpresa, a la persona que hablara. No tardó ni un segundo en identificarla:

—Vaya... —comentó—. Carol Conrad en persona...

—Carol en persona, sí —asintió ella, risueña—. Yo misma, Rod. Pero éste es mi lugar habitual para vivir. ¿Qué es de ti, sin embargo, por estos parajes?

Rod se echó a reír, de buena gana, yendo hacia la joven de bañador de dos piezas que, como una escultura viviente, bronceada y hermosa, permanecía erguida ante la hilera de blancos yates y veleros deportivos.

—Solamente pretendía descansar —dijo—. Espero conseguirlo, pese a lo que pueda suceder aquí.

—¿Sucedir? ¿En qué sentido? —se extrañó ella.

—En cualquiera, Carol. Incluso muriendo gente asesinada...

—¿Asesinada? ¿Aquí? ¿Quién puede morir de ese modo en Miami Beach, bajo este sol, y ante ese mar apacible, por muy periodistas de sucesos que tú seas? —se mofó la muchacha.

Rod contestó con gravedad:

—Cualquiera. Hace un momento, ya hubo alguien que apareció muerto, Carol. En esa misma playa. Víctima de un extraño modo de homicidio...

—¿Qué? —se asombró ella, perpleja.

—Lo que te dije. Era un hombre de mediana edad... El mar lo depositó en la playa. Era un modo raro de morir el suyo... Yo diría que alguien... alguien le vació de sangre las venas. Como si hubiera sido succionado por un vampiro...

Carol Conrad emitió un ronco gemido de asombro, le miró con ojos muy fijos y dilatados, que no por eso perdieron su hermosura, aunque sí revelaron una honda congoja.

Luego, repentinamente... Carol se desvaneció.

Perdió el conocimiento, antes de que Rod Kelly pudiera impedir su seca caída al suelo, y él alcanzó a escuchar, repetido roncamente entre sus labios trémulos:

—Sangre... Vampiros...

* * *

—Sangre y vampiros... ¡Es ridículo!

—Es lo que ha sucedido, profesor —afirmó enfáticamente el doctor Clark Katzman, paseando por el laboratorio investigador del Instituto Oceanográfico—. Es lo que todo el mundo repite, como una cantinela.

—Es ridículo. Una estupidez. No hay vampiros. Nunca los hubo, salvo esos pobres animalillos que son como murciélagos. No puede morir una persona, con sus venas vacías. Es totalmente imposible, usted lo sabe, doctor.

—Todos creemos saberlo todo, o casi todo. Luego, de repente, nuestras convicciones se tambalean.

—¿Eso quiere decir que también cree en los vampiros? —se mofó Conrad, enarcando sus cejas con gesto casi demoníaco—. Vamos, por Dios...

—No será exactamente eso, profesor. Pero algo raro está sucediendo. No sé lo que ello sea, en realidad. Sólo que... la gente siente miedo de repente. A nadie le gusta que el mar devuelva un cadáver reciente... *desangrado*.

El profesor Conrad paseó por la amplitud de su laboratorio. Hizo un gesto de escepticismo, deteniéndose ante una de las numerosas peceras empotradas en el muro, donde paseaban y miraban, curiosos, diversos peces singulares, ejemplares auténticos de especies poco frecuentes, reunidos laboriosamente por el profesor, en peceras adaptadas a sus temperaturas adecuadas, según fuese la latitud de su origen.

—Esto es lo único que me preocupa —dijo, escueto—. Me tienen sin cuidado esa serie de cosas ridículas. Yo investigo el mar y los peces, no los hombres y la Tierra.

—Usted ha afirmado muchas veces, profesor, que todo ello puede llegar a ser casi una misma cosa. Según su teoría, el mar expulsó peces que, con la evolución, terminaron por hacerse mamíferos. Y de ahí llegó el Hombre... Según eso, los peces podrían vivir en el aire, y los hombres en el fondo del mar. Sin embargo, es sólo teoría. Y harto difícil de probar, por cierto.

—Quizá no tanto como cree. En el fondo, estoy convencido de que nos crearon para ser anfibios. Es decir, no digo que lo seamos, sino que podemos serlo. Y el que no puede algo, lo intenta, a la postre.

—¡Hombres anfibios! —se rió Katzman entre dientes—. ¿Cómo espera conseguir esa super-raza humanoide? ¿Con branquias incorporadas?

La risa de Katzman se hizo más aguda. Conrad le miró, furioso, con un centelleo de ira en el fondo de sus pupilas.

—No —negó, con aspereza—. Sólo encontrando el punto de unión. El nexa ideal entre el hombre y el pez... Entre el habitante de tierra y aire, y el habitante del mar profundo...

—Eso nunca se logrará, cuando menos por ahora.

—Veremos, doctor, veremos... —dijo enigmáticamente el profesor Conrad, con una expresión cuajada de profunda ironía en su rostro enjuto y rugoso, curtido por el aire, el sol y el yodo del mar.

* * *

El profesor Conrad alzó su cabeza. Los ojos se clavaron en el desconocido.

—¿Eh? —masculló—. ¿Quién diablos es usted?

El se lo dijo, depositando suavemente a Carol en un sofá del amplio recinto luminoso:

—Rod Kelly —habló—. Soy periodista.

—¡Periodista! —el profesor enarcó las cejas—. No me gustan los periodistas...

—Lo siento. Tendrá que soportarme, le guste o no, al menos por el momento.

—¿Qué... qué le ha sucedido a mi hija?

—¿Carol? Se desvaneció. Eso es todo...

—Ya veo que está desvanecida. Me gustaría saber por qué le ocurrió eso, señor Kelly.

—Yo tampoco sé la razón exacta. Sólo sé que perdió el conocimiento de súbito. Es posible que le impresionara demasiado lo que le conté. Y eso provocó su reacción.

—¿Qué le contó usted?

—Lo ocurrido en la playa hoy. El hallazgo del cadáver...

—¿Cadáver? —el profesor humedeció sus labios lentamente—. ¿Qué cadáver?

—Tal vez usted lo ignore también, profesor. No se habla de otra cosa en Miami Beach. Un hombre muerto fue devuelto por las aguas hacia la playa. Estaba desangrado. Como si le hubieran quitado hasta

la última gota de sangre...

—Sí, suena extraño —convino Conrad, fingiendo ignorar el asunto. Miró pensativo a su hija—. Pero ¿eso provocó su desvanecimiento? Es raro. Mi hija es una muchacha fuerte, segura de sí misma...

—Posiblemente no lo es tanto como para escuchar ciertas cosas —sonrió Rod—. Ella y yo nos conocíamos ya de antes. El encuentro ha sido casual, pero ya antes habíamos coincidido, en un cursillo de deportes, náuticos, en Palm Beach. De eso hace casi un año, profesor...

—Entiendo. Una amistad superficial. Dos jóvenes que se encuentran... —asintió con la cabeza. Le señaló un asiento—. Disculpe. Ha sido un poco seco tal vez. Trabajo mucho últimamente. No me haga demasiado caso. ¿Quiere sentarse, señor Kelly?

—Gracias —le miró, inclinándose hacia ella—. Es su hija quien me preocupa ahora. No hubiera querido impresionarla tanto, al mencionar las circunstancias del hallazgo. Soy viejo amigo del capitán Moore, de la policía, por razones de mi oficio. Escribo sobre sucesos, ¿comprende? Por ello he visto lo ocurrido en la playa. No era agradable verlo, eso es la verdad. Carol me preguntó sobre eso, se lo referí, y...

—Sí, entiendo muy bien —el profesor fue hacia su hija, y la asistió, solícito, junto con él. Lentamente, Carol comenzaba a agitarse, a mover la cabeza, pestañeando. Volvía poco a poco en sí. Los dos hombres se miraron.

—Bueno, parece que se recupera —comentó Kelly, aliviado.

—Carol, además de una posible sensibilidad ante la noticia que usted le dio, ejerce excesiva actividad deportiva —explicó el profesor—. No siempre es adecuado eso, aunque ella piense lo contrario. Está algo débil. Tendré que vigilarla, no lo dude...

Ella abrió ya los ojos. Miró a uno y otro, con incertidumbre. Luego, con cierto sobresalto, se irguió, sentándose. Se mostró muy recuperada.

—Oh, papá, lo siento... —miró a Kelly—. Creo que me desmayé tontamente, Rod.

—Bien, eso puede sucederle a cualquiera —murmuró él, sonriente—. Eres una mujer, por muy valerosa que te creas.

—Sí, lo sé —estudió a Rod, antes de volverse de nuevo a su padre. Su voz sonó algo quebrada—. Papá, él es un amigo de Palm Beach, un

reportero que...

—Sé ya todo eso sobre él. Se ha presentado a sí mismo. Parece que lo que hablasteis te impresionó, ¿no hija? —y la contempló, ceñudo, algo malhumorado incluso.

Ella humedeció sus labios. Bajo los cabellos, suavemente rubios, sus ojos verde oscuros revelaron inquietud. Sacudió la cabeza, afirmando. El cuerpo escultural, de firmes curvas, realzadas por el color bronce de la piel expuesta al sol y al aire de la costa, así como por la brevedad de sus dos piezas de bañador, se tensó en el sofá, al encogerse para ponerse pausadamente en pie.

—A veces, me creo demasiado valiente —confesó con lentitud—. Y sólo soy una mujer, papá. La noticia resultaba horrible...

—Sí, lo comprendo. Sé lo que te mencionó. Estoy de acuerdo contigo.

—Me alegra que lo comprendas. Resulta horrible imaginar que haya por ahí algo o alguien capaz de...

—Es mejor que no hables más de ello —cortó el profesor Conrad con acritud—. Además, es posible que en todo eso haya un error, y las cosas no sean como parecen, Carol. De cualquier modo que sea, resulta insólito que alguien encuentre la muerte... de semejante forma...

—Sí, pero el hecho es que ha ocurrido —le interrumpió Kelly, vivamente—. ¿Cómo puede usted explicárselo?

—No me lo explico de ninguna forma —confesó el profesor Conrad.

—Quizá haya una criatura extraña en el mar, que pueda causar la muerte a un ser humano, y luego dejarlo desprovisto de sangre, pero usted que es una autoridad en la cuestión, podría responder a tal interrogante mucho mejor que yo, profesor Conrad.

—Desgraciadamente, no existe tal especie, que yo sepa —replicó el sabio, pensativo. Meneó la cabeza, negativamente—. La única posibilidad es que fuese herido antes de caer al mar, y sus heridas fuesen tan graves que terminaran desangrándole en el agua. El cuerpo, luego, retornó a tierra. Y eso sería, simple y llanamente, el misterio de lo sucedido, sin buscarle novelescas explicaciones que, tal vez, diviertan a sus lectores, señor Kelly, pero que difícilmente podrá nunca probar con un rigor científico.

—No necesita ponerse tan serio para hablar de la cuestión —sonrió Rod Kelly, mordiéndose el labio inferior—. Creo, como usted, que la explicación más simple lo aclarará todo. Es la gente la que ha comenzado a hablar de vampirismo y cosas así, incluso en el sector playero donde ha sucedido el incidente...

—La gente disfruta siempre con fantasear —sonrió a su vez el científico oceanógrafo—. ¿Te encuentras mejor, Carol?

—Me encuentro perfectamente, papá —suspiró ella, asintiendo con lentitud. Miró al exterior, con expresión risueña—. Hace un buen día, y vuestras aclaraciones me han devuelto la tranquilidad. Iré a disfrutar del agua, como cada día. ¿Vienes conmigo, Rod?

—Sí, creo que será lo mejor. A fin de cuentas, he venido a disfrutar de mis vacaciones. No estaría bien que uno hiciera aquí la misma vida que en la ciudad, trabajando en asuntos desagradables. Ha sido un placer conocerle, profesor Conrad.

—Lo mismo digo, muchacho. Y tiene mucha razón en lo que dijo: diviértase cuanto pueda. No siempre puede uno hacerlo...

Los dos jóvenes salieron del moderno edificio del Instituto de Oceanografía. En Miami Beach, frente al mar y los yates del embarcadero del club Náutico.

Conrad les vio alejarse, meneó la cabeza, reflexivo, y echó a andar pausadamente, hacia el interior del edificio. Consultó su reloj de pulsera. No faltaba mucho para que llegase su amigo y colaborador, el doctor Katzman.

Y antes de eso, necesitaba hacer aún algunas cosas. No disponía de mucho tiempo, aunque esperaba que fuese suficiente para lo que tenía que hacer.

Descendió por la escalera en espiral, hacia el llamado Departamento de Investigaciones. Un rótulo, en un luminoso vidrio rojo, anunciaba a cualquier posible visitante:

PROHIBIDA RIGUROSAMENTE LA ENTRADA.

PRECAUCION. LABORATORIOS E

INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

Para él, naturalmente, no rezaba esa prohibición en absoluto. Es más, este era en realidad su santuario, su lugar de trabajo y de actividades cotidianas. Rebasó el nivel de piscinas y cisternas de experimentación biológico-piscícola, dejando arriba, por encima de él, los largos visores de grueso vidrio, a través de los cuales era posible seguir la singular danza de los peces en sus recipientes de agua azul, límpida y clara. Alcanzó la puerta metálica rotulada: LABORATORIOS DE EXPERIMENTACION. NO ENTRAR NI MOLESTAR.

Extrajo una llave de su bolsillo. La hizo girar en la cerradura. Abrió, entrando en aquella zona virtualmente prohibida a todo el que no fuese oceanógrafo o investigador de cualquier especialidad marítima del Instituto.

Una vez dentro, giró de nuevo la llave en la cerradura, avanzando por el corredor, iluminado suavemente de azul. En recipientes adosados al muro, empotrados en las paredes, aparecían rarísimos ejemplares marinos, en período de adaptación a diversas temperaturas y ambientes. Allí, solamente él, Katzman y Carol tenían acceso. Y, naturalmente, personas como Loring, su ayudante, pero siempre que fuesen acompañadas por uno de ellos.

Al fondo se hallaba el laboratorio especial, y las tres cisternas o peceras especiales, donde se cultivaban a veces criaturas marinas de increíble rareza, antes de ser pasadas a las peceras definitivas.

El profesor Warren Conrad pisó con firmeza el laboratorio, aumentando las luces del mismo con una presión mecánica de sus dedos en los interruptores de luz de la estancia. Brillaron los vidrios, el agua de las cisternas herméticamente ajustadas, y a temperaturas determinadas, así como todo el material distribuido en tres grandes mesas de trabajo.

Contempló la forma aletargada, flotando en una de las cisternas, como en reposo o en un sopor prolongado. Sonrió, con ojos brillantes de excitación. Comprobó, en un indicador electrónico, que el agua mantenía la temperatura adecuada, y el ser allí acomodado, estaba dotado de vida, con correcto funcionamiento vital, aunque en estado de letargo.

«Muy bien —aprobó, pensativo—. Muy bien, sí... Todo funciona perfectamente por ahora... Espero que no surjan problemas...»

Fue a su mesa de trabajo. Buscó en una gaveta, extrayendo una agenda de tapas de hule negro. Anotó en ella unas cifras. Era todo lo que poseían: cifras. Nadie, excepto él mismo, entendería nada de

cuanto allí se apuntaba, en relación con las diversas experimentaciones del Instituto.

La cisterna ocupada por la forma en letargo, no tenía luces. Esa misma forma, resultaba confusa, difícil de apreciar, incluso acercándose al recipiente de agua. Pero evidentemente, era voluminosa, de notables proporciones. Como un gran delfín o un tiburón de considerable tamaño.

Sólo que ninguno de esos animales hubiera mantenido tal lasitud, una quietud semejante, dentro de aquel recinto de agua. Conrad se inclinó después sobre un tablero de mandos eléctricos. Presionó unos botones.

El agua de la cisterna se agitó, movida por algo que provocó un destello azulado en el líquido contenido. La descarga eléctrica se repitió, elevando gradualmente su potencia.

Además de la actividad o agitación del agua, hubo una reacción en la cisterna. La forma inmóvil se agitó. Débilmente primero. Con mayor fuerza después. Pareció salir del letargo, se agitó como un reptil, desperezándose, culebreando...

Extendió algo. Unas extremidades. Más de dos. Más de cuatro. Justamente el doble. Ocho. Las agitó, enroscándolas y estirándolas. Se descubrieron sus círculos adherentes, succionantes, como ventosas vivas.

—Hola, «Octopus» —saludó con voz ronca el profesor.

Y aplicó una mayor descarga eléctrica a la cisterna. Del agua brotó un coletazo fuerte de la forma flotante. Se agitó el animal acuático. Luego, pausadamente, sus tentáculos se posaron en los altos bordes de vidrio recio de la cisterna experimental.

Hubo un chirrido, un sonido anormal que no emitía pez alguno, brotando del recipiente, del ser allí situado. Era como una queja, un ahogado gemido o un maullido.

Luego, inesperadamente, la cabeza deforme de aquel pulpo gigantesco, asomó por el borde mismo del recipiente.

Unos ojos, o algo muy parecido, se fijaron en Warren Conrad. El científico contempló con fijeza la forma viviente. Se miraron mutuamente la criatura acuática y la humana.

—Han encontrado a tu víctima —dijo el profesor Conrad lentamente—. ¿Entiendes, «Octopus»?

El molusco cefalópodo se agitó extrañamente. Sus tentáculos manifestaron una respuesta, y los increíbles ojos del animal se clavaron en el profesor insistentemente. Hubo algo monstruoso e insólito en la relación verbal entre Conrad y la bestia marina, y la reacción inteligente y coherente de ésta ante su información.

Como si ambos pudieran comprenderse y entrar en contacto sin problemas, sólo por un medio tan directo como era la simple conversación humana. Algo que un pulpo en modo alguno podía comprender.

—Será preciso mantener todo esto rigurosamente secreto — prosiguió Conrad—. Al menos, en tanto no obtenga contigo resultados definitivos, «Octopus»... Por el momento, es nuestro secreto. Y me temo que no todos estén de acuerdo con mi modo de ver las cosas. ¿Crees que nos será posible conservar esto callado, sin que trascienda a nadie, ni nadie sepa cosa alguna sobre ti?

Ahora ya no hacían falta estímulos eléctricos de ninguna clase. La comunicación entre el hombre y el molusco estaba asombrosamente lograda. Cada coletazo de los tentáculos del animal, revelaba un entendimiento, una comprensión rápida de cuanto hablaba Conrad.

Afirmó de nuevo el pulpo. Complacido, se meció en las aguas, subió y bajó, haciendo culebrear sus tentáculos. Luego, se situó de nuevo en el borde de la cisterna de recio vidrio, y dejó deslizar fuera sus extremidades palpitantes y firmes. La cabeza, extrañamente achatada, deforme, dotada de aquellos singulares ojos negros a toda especie normal de octópodo, asomó de nuevo, como queriendo contemplar a su acompañante en el laboratorio.

Conrad se echó a reír entre dientes, sacudiendo su canosa cabeza con aire divertido. Se aproximó a la cisterna, dejando de pulsar todo resorte eléctrico. Su voz se expresó del mismo modo que si estuviera charlando con un niño, o con un hombre no demasiado avanzado mentalmente;

—Ahora vendrá alguien que no quiere mantener el secreto. Alguien que quiere dinero por todo esto. Y que, de no recibirlo, escandalizaría tanto, que tendría que revelar tu presencia aquí a los directores del Instituto. Con lo que el experimento pasaría a ser público... e incluso es posible que prohibiesen toda otra experimentación, condenándote a ti al sacrificio inmediato, «Octopus». ¿Vas entendiendo?

El pulpo entendía. Muy rápidamente, y muy bien. Se agitaba

furioso ahora, como si todo lo que mencionaba Conrad, fuese irritante para él, y le molestara en sumo grado. El profesor le calmó, al llegar cerca de él:

—Está bien, no te enfurezcas. No aún... Ese hombre va a llegar en seguida. Le cité aquí hoy. Espero que sea puntual, o se encontraría aquí con Katzman, y eso dificultaría demasiado las cosas... Sí, como le ofrecí dinero, será puntual, por supuesto...

Se detuvo. La furia del pulpo era notable. Afuera, hubo algún ruido. Se encendió una luz verde, sobre la puerta. Parpadeó repetidamente. El profesor miró hacia allá.

—Llaman —dijo—. Llaman, «Octopus»... Es él, estoy seguro. Es Maxwell, el tipo que logró cazarte... y traerte aquí. Ya sabes lo que has de hacer, ¿verdad? Ya lo sabes, «Octopus», querido amigo...

Rió entre dientes. La luz verde seguía parpadeando. El profesor Warren Conrad se dispuso a dejar paso libre al visitante

CAPITULO IV

Dan Maxwell respiró con fuerza.

Siempre que eso sucedía, hinchaba poderosamente su tórax, y los músculos vigorosos de su pecho y de sus brazos, se convertían en motivo de exhibición atlética. Era fuerte, arrogante como un Mister Universo. Incluso para ciertas mujeres resultaba su físico.

—Este viejo chiflado de Conrad... —masculló entre dientes—. El y sus asquerosos bichos marinos me irritan, me soliviantan... Sólo vive para verse inmerso en todo este mundo. Como si él mismo fuese también un pez viscoso y escurridizo...

Meneó la cabeza, viendo que, al chascar el sistema automático de cierre y apertura de la entrada metálica, un luminoso marcaba sobre la puerta: «Adelante».

Eso significaba que había paso libre para él. Era lógico. Conrad quería manejar aquel asunto a su modo, y parecía dispuesto a llevar las cosas calladamente. Sin que trascendiera al exterior... Allá él con sus chifladuras, en tanto le pagase, y bien, por la labor cumplida.

Dan Maxwell vivía de muchas cosas. Mujeres adineradas, servicio a deportistas. Y cosas como ésta de ahora, sirviendo a un maniático de ideas absurdas como Conrad, esclavo siempre de su ciencia. Bien. Que pagase por ello, si quería. Y si no, sus experimentos serían del dominio público, no exclusivamente suyo. A fin de cuentas, el Instituto era el que le pagaba a él por experimentar.

Empujó la hoja metálica. Entró en el laboratorio, avanzando decidido. Lo vio todo iluminado, todo en orden, pero ni rastro del sabio.

—¡Eh! —llamó—. ¡Profesor! ¡Profesor Conrad! ¿Dónde se ha metido?

Su voz retumbó hueca en el recinto. Miró en torno con disgusto. No le gustaba el lugar. Cuando menos, no estando solo. Miró a las cisternas iluminadas. Se estremeció.

No, no estaba solo. Y eso era peor aún. Allí estaba... aquel ser. Flotando apacible, lánguidamente, en el agua azulada. Como dormido.

Como un pesado paquidermo, ajeno a todo. De no ser porque fuera de su líquido elemento no tenía gran poder, se hubiera inquietado. Era un animal repugnante. Siempre le habían disgustado todos los que eran como él, pulpos o calamares. Este tenía aún algo especial encima. Era particularmente desagradable. Frío, viscoso, brillante, grande... Sobre todo, grande. Demasiado grande. Nunca vio uno igual. Era posible que fuese resultado de aquella cápsula averiada, de radiaciones y cosas así. Un día, sería cierta la teoría de que monstruos prehistóricos volverían a la vida, para acabar con la humanidad. Todo dependía del hombre mismo y de sus errores...

Caminó por el laboratorio, sin encontrar al profesor. Se mostró repentinamente disgustado y elevó más la voz, llamando:

—¡Eh, profesor! ¿Dónde diablos anda metido ahora? No me gusta perder tiempo... He venido a por lo mío, ¿entiende? Si le gusta quedarse ese bicho para usted solo, páguelo, cuando menos. Págueme mi trabajo de extraerlo del mar, págueme mi silencio, para que usted experimente con él, en busca quizá de su premio Nobel... Pero déme lo mío, Conrad, no me venga con subterfugios...

Hubo un ruido tras él. Estuvo consciente de que unos ojos humanos le miraban. Se volvió, aliviado, esperando ver al profesor en el solitario laboratorio.

Se estremeció. No, el profesor no estaba tampoco ahora. Es más: el ruido no procedía de persona alguna. Ni tan siquiera la sensación de ser mirado o vigilado...

Era aquel animal aborrecible. El pulpo...

Estaba reptando. Moviendo sus tentáculos sobre el borde de la piscina de vidrio donde se hallaba inmerso. De no ser un molusco, hubiera pensado que pretendía salir del agua, andar por allí, como un ser que no perteneciese al líquido elemento...

—Oh, tú, maldito seas —refunfuñó—. Me das asco. Náuseas. Pero no vas a asustarme, hagas lo que hagas. Eres un animal del agua. Y sólo en el agua puedes vivir, sucio bicho...

El pulpo, naturalmente, no se movía. Parecía un ave, puesto allá arriba, sobre el borde del gran recipiente transparente. Como acechándole.

Eso era ridículo. Sacudió la cabeza, malhumorado. Pegó un seco impacto con su puño encima de una de las mesas. Derribó unas piezas de vidrio, quebrándolas. Un líquido oscuro se extendió sobre la

superficie.

—¡Estoy cansándome ya, profesor! —aulló—. ¡Si no quiere dar la cara, me tiene sin cuidado! ¡Iré arriba, veré a los directores del Instituto y les diré que, sin permiso de ellos, tiene usted un pulpo gigante dentro de su laboratorio, y experimenta con él en secreto, sin informar al establecimiento científico para el cual trabaja! ¡Le quitarán a ese horrible monstruo, para entregarlo a las autoridades navales y que investiguen las posibles anormalidades en la fauna marina, a causa de las radiaciones! ¡Usted sabe, tan bien como yo, que ese pulpo era antes perfectamente normal, como todos los de la especie que se cría en estas aguas, hasta que algo alteró su estructura y naturaleza, y está obligado a revelar todo eso oficialmente, sin guardárselo para usted, viejo chiflado!

Siguió el silencio. Dan Maxwell empezaba a sentirse incómodo allí, con el monstruo encaramado extrañamente en el vidrio... Juró entre dientes, y se movió hacia la puerta metálica; decidido a salir. Y a escandalizar lo suyo, respecto al asunto.

Entonces sucedió.

Fue algo horrible. Inesperado. Espeluznante.

El pulpo saltó.

Saltó... fuera del agua, de la cisterna, del vidrio. Cayó sobre sus ocho extremidades, y se quedó *en pie*. Rígido, frente a frente con Maxwell.

El atleta y vividor se quedó helado, con expresión de horror infinito en su rostro. Palideció intensamente, notó que su piel se cubría de una capa de sudor helado.

—¿Qué... qué significa...? —jadeó.

El pulpo se movió en el suelo. Como un ser humano. *Hacia él*.

—Oh, no... —susurró, retrocediendo un paso—. No puede ser...

Pero era. Estaba sucediendo. Lo tenía ya ante sí. Cerrándole toda posible salida. Amenazadora, fríamente erguido sobre sus ocho extremidades dotadas de palpitantes Ventosas. Y lo que era peor: en su viscosa cabezota, se habían abierto dos pliegues de su carnosidad. Maxwell vio... unos ojos.

Unos horripilantes ojos humanos, amarillentos y fríos, extrañamente fijos en él, desde aquella insólita masa que parecía vivir

con igual facilidad fuera del agua...

Además... tenía ojos. Y emitía un sonido sibilante, una respiración ahogada, brotando de alguna parte de su horrible cuerpo. Y al moverse, al deslizarse, sus tentáculos producían en el suelo del laboratorio un extraño roce inquietante, una especie de susurro alucinante.

—Por Dios, esto es una locura... —jadeó, estremecido, lleno de pavor, siempre intentando escapar, echándose atrás—. No puede..., no puede ser cierto... Un pulpo no... no sale del agua... y se mueve en tierra firme como cualquier otro animal... ¡No es posible!

El susurro del monstruo se alargaba, como un chirrido. Como una diabólica risa ahogada.

Al mismo tiempo le acosaba, le acorralaba, le iba dejando arrinconado, entre las mesas del laboratorio y el muro... Los ojos desorbitados de Maxwell, eran ya una viva estampa de pavor sin límites, de angustia desquiciada.

—No... —gimió—. Un pulpo..., un maldito pulpo vulgar... no obra así... ¿Qué sucede aquí? ¿Qué significa todo esto...?

Intentó evadirse. Y estuvo a punto de lograrlo. Era ágil, fuerte, nervudo, y estaba intentando engañar la amenaza tremenda de aquel ser de pesadilla. Brincó por encima de una de las mesas de laboratorio, limpiamente, con poderoso impulso de sus músculos. Se precipitó hacia la salida, con un juramento entre dientes.

El pulpo apenas si tuvo una vacilación. Luego, estiró su elasticidad uno de sus tentáculos. Aferró el tobillo del fugitivo. Se cerró la carnosa forma en torno a él. Tiró hacia sí. Otro tentáculo alcanzó el cuello de Maxwell. Enroscóse en torno suyo, empezando a oprimir.

Jadeó el atleta, descompuesto, forcejeó contra aquellos tentáculos devastadores. Otra extremidad aferró sus puños, inmovilizándolos...

Luego, otro tentáculo pegó fuerte en su rostro, en su cabeza, en su pecho, aturdiéndolo. Maxwell sintió pegada a él la viscosidad helada y repugnante de aquel ser abominable, monstruoso. Le envolvía la húmeda y escurridiza masa viviente, en un abrazo mortal. Lo que siguió, fue aún peor.

Dan Maxwell soltó un alarido, cuando los golpes del tentáculo abrieron una herida en su cuello. Brotó la sangre violentamente. Ávido, el pulpo se pegó a él, y empezó a sentir, horrorizado, cómo

aquella forma viviente, horrible, envolvente, succionaba, golosa, toda la roja sangre que brotaba de su herida...

Allá abajo, en el recinto privado, reservado a las experimentaciones del profesor Conrad, un octópodo extraño y fantasmal, gigantesco y voraz, estaba vaciando de sangre un cuerpo humano, cada vez más débil entre sus tentáculos de muerte.

Nadie, en el Instituto, escuchó cosa alguna. Nadie, por tanto, pudo evitar las espantosa muerte de Dan Maxwell...

* * *

Emergió el cuerpo escultural, como el de una auténtica náyade o una sirena de las profundidades. El agua chorreó del torso agresivo de Carol, de sus piernas firmes y elásticas, de sus brazos, bien torneados, como todo su cuerpo.

Salió a la arena. Y a su lado lo hizo él, admirando aquellas formas de mujer, en la plenitud de su atractivo y seducción. Ella se dejó caer en el dorado suelo, con cansancio.

—Uf, ha sido un duro esfuerzo —comentó—. Es difícil vencerte, ¿eh, Rod? Creí que era mejor nadadora que tú, y he fracasado lastimosamente.

—Aunque no practico tanto deporte como tú, de vez en cuando me ejercito nadando en las piscinas de la ciudad —sonrió Kelly—. Hay que mantenerse en forma, Carol.

—Tu forma es envidiable, créeme. ¡Qué energías y reservas las tuyas...! Casi me dejas agotada allá abajo.

Rieron ambos, tendidos en la arena. Ella se volvió hacia él, contemplándole pensativa. Rod Kelly jugueteó con la arena entre sus manos.

—Creí que era más peligroso bañarse en esta zona —comentó él.

—¿Peligroso? ¿Por qué había de serlo? No hay tiburones por aquí.

—No me refería a los tiburones, sino... a las radiaciones.

—Oh, eso. Ya recuerdo. La cápsula *Cobaya VI* y todo eso... La gente habló mucho del asunto, pero parece que no había fundamento...

—Sí había fundamento —replicó Rod, pensativo—. No se ha hecho

público oficialmente, por miedo a posibles temores de la gente, pero esa cápsula falló por su choque con un meteorito, en el espacio exterior. Eso alteró su rumbo y velocidad, y la hizo regresar, averiada, hasta caer aquí. Quedaron fragmentos del meteorito, incrustados en la cápsula. Me lo ha comunicado un amigo mío, que trabaja en la NASA. Es estrictamente secreto, pero se teme que esos trozos de meteorito posean unas radiaciones nocivas, desconocidas para nosotros. Lo están investigando ahora, de todos modos. Parece que provoca alteraciones moleculares muy especiales, en algunos casos.

—Si sabes todo, ¿por qué has venido a bañarte en estas aguas? —dudó ella.

—No creo que haya mucho peligro ya. Lo peor fue al principio, en tanto flotó la cápsula en el lugar donde cayó. Se temía que contaminara las aguas, y alterase la estructura de los peces. Tu padre es oceanógrafo. Imagino que, de suceder algo así, hubiera sido el primero en advertirlo.

—De eso no te quepa duda —sonrió Carol—. Yo también estudio esa especialidad. No soy como mi padre, naturalmente. Pero hubiera descubierto algo especial... Solamente recuerdo un incidente.

—¿Un incidente? ¿Cuál?

—La lucha con un pulpo demasiado grande para lo que es habitual en estas aguas... —Carol entornó los ojos, pensativa—. Me acompañaba entonces una amiga mía, Sandra Steele. Buena deportista también. Logramos hacer huir al pulpo, que desapareció. Me llevé un buen susto.

—¿No son corrientes esos ejemplares aquí?

—No, en absoluto. Acaso sufrió esa alteración que citas...

—Es muy probable, sí. De cualquier modo, ten cuidado en lo sucesivo. Puede haber otras criaturas marinas que sufran alteraciones importantes en su aspecto, si ese meteorito es tan peligroso como dicen, y sus radiaciones actuaron sobre los peces...

—Lo tendré en cuenta, Rod, palabra —ella suspiró, alzando sus ojos. Pareció gratamente sorprendida—. Oh, es ella...

—¿Ella?

—Sí, la amiga de quien te hablé: Sandra.

Rod Kelly alzó la cabeza. Miró. Lo primero que vio, desde su visual

a ras de la arena, fueron unas bellas pantorrillas bronceadas, unos muslos perfectos, un torso espléndido, recortándose contra el cielo, y el rojo vivo de una melena corta, en torno al rostro, joven y atractivo, de ojos claros, boca carnosa y breve nariz.

—Vaya... —comentó poniéndose en pie el joven reportero—. Una bella muchacha también. Es evidente que resultaría casi imposible distinguir entre vosotras dos cuál es la más bonita y atractiva, Carol.

—Es un bello elogio para las dos, Rod. Gracias en nombre de ambas —rió Carol, de buen humor.

Sandra llegó hasta ellos. Miró curiosamente a Rod, con no disimulado interés. Evidentemente, también a ella le impresionaba el viril atractivo del joven amigo de Carol, y su presencia en la playa constituía una grata sorpresa para Sandra Steele.

Un momento después, efectuadas las presentaciones, era ya un amigo más. Y los tres se lanzaron al agua, reanudando su diversión en las profundidades.

* * *

Se reunió de nuevo con ellas, ya vestido y aseado, en el bar del club Náutico. Carol y su amiga Sandra, tomaban el aperitivo en el mostrador, charlando trivialmente de sus cosas. Frente a ellos, el sol jugueteaba en el mar, trazando dorados dibujos en su superficie. Canoas a motor y balandros, se cruzaban, en una bella panorámica marinera, allá enfrente.

—De modo que es cronista de sucesos, ¿eh? —comentó Sandra Steel, contemplando con interés a Rod.

—Eso es —afirmó él—. Crímenes y todo eso.

—Crímenes... —Sandra rió entre dientes—. Un tema apasionante, ¿no es cierto?

—Bueno, apasionante para el lector. No tanto para mí —Rod se encogió de hombros—. Ya sabe... La rutina, lo de cada día, por apasionante que sea, termina por aburrir.

—Dicen que también hay una víctima de asesinato en Miami Beach. ¿Es verdad eso?

—Parece que sí —afirmó Rod, pensativo—. Un desconocido traído por el mar... Pero será mejor hablar de otra cosa. El asunto afecta bastante a su amiga.

—¿De veras, Carol? —miró risueña a la hija de Conrad—. No te creí tan impresionable...

—Son las circunstancias de esa muerte —se estremeció ella—. Resulta horrible todo.

—¿Horrible? Un crimen siempre lo es, ¿no, Rod?

—Sí, siempre —admitió él—. Pero a veces, las cosas son aún peores. Como ocurre en este caso, concretamente. Carol tiene razón en sentirse impresionada. No es un crimen rutinario, de eso puede estar segura. Ni siquiera sabemos cómo lo cometieron, por qué..., ni el procedimiento empleado. Espero que la policía tenga pronto alguna cosa. Por el momento, todo esto es un buen misterio... Pero hablemos de otra cosa. Los crímenes no son nunca un tema agradable de charla, y menos con dos muchachas...

* * *

—Cierto, Rod. Los crímenes nunca son un tema agradable. Sobre todo, cuando carecen de sentido y uno se siente desconcertado.

—¿Desconcertado usted, capitán Moore? —dudó el periodista.

—Y de qué modo... —el oficial de Homicidios de Miami Beach, paseó por la oficina del Departamento de Policía, nerviosamente—. Le aseguro que no entiendo absolutamente nada de todo esto.

—¿Por qué? ¿Qué sucede, exactamente? ¿Tiene ya los resultados de la autopsia?

—Tengo los resultados de la investigación preliminar. Y no me gustan.

—¿Puedo saberlos, capitán?

—Claro. Tal vez, incluso usted pueda ayudarme, si le es posible. Aunque tal vez lo vea todo tan oscuro como yo mismo.

—Le escucho.

—El hombre muerto, tenía antecedentes. Estuvo preso en tres ocasiones. Robo, estafa y delitos parecidos. También por intervenir en un feo asunto de robo de cadáveres de personas ricas, enterradas con bienes materiales... En eso colaboró con una entidad funeraria a la que le fue retirada la licencia para su negocio, viéndose obligada a cerrar.

—Desagradable tipo ese fulano...

—Muy desagradable, sí. Sus huellas me dieron su identidad, a través de los servicios federales de identificación. Era una sucia rata. Pero nuestro problema no es ése, sino su muerte actual, en Miami Beach. Su nombre era Martin Dahl.

—¿Dahl? —enarcó las cejas Rod—. Ese nombre me suena...

—Spencer Dahl, sí. El ajusticiado. Eran parientes no muy directos, según parece.

—¿Alguna relación con su pariente ejecutado?

—No, muy poca. Estoy averiguando ahora si visitó al reo o se ocupó de algo posteriormente, relacionado con él. También intento localizar a Zena Dahl, la viuda del condenado, aunque creo que está ausente de Florida.

—¿Qué supone que hacía aquí ese tipo, Martin Dahl?

—Nadie lo sabe. Vino con un coche, una furgoneta.

—¿Una furgoneta?

—Sí, un pequeño vehículo comercial. De alguna empresa, según parece. Pero nadie lo recuerda bien del todo. Y el vehículo no aparece por parte alguna. Lo estamos buscando ahora.

—Entiendo. Quizá trabajaba...

—No trabajó nunca. Al menos, en nada honrado, Rod. No, no creo que viniese por trabajo. Más bien buscaría cómo sacar dinero de algo, con alguna estafa o cosa parecida.

—¿En cuanto a su muerte...?

—Inexplicable por completo —musitó con cansancio el policía—. Sufrió extrañas heridas. Fue atacado de un modo brutal, y luego..., luego, de alguna forma, perdió la totalidad de su sangre. En el laboratorio están seguros de que se vaciaron sus venas, no saben cómo. Las heridas sufridas no son para eso, ni mucho menos. Haría falta que alguien le hubiera extraído la sangre a propósito. De otro modo, no se explica...

—Bien. Entonces, el paso inmediato..., ¿cuál va a ser?

—La autopsia, naturalmente. La búsqueda de esa furgoneta. Si todo eso no nos aclara nada..., es posible que ahí mismo termine el caso.

—Le veo muy desmoralizado, capitán.

—Sí, mucho —confesó el oficial de policía—. Algo me dice que todo esto no va a ser fácil, ni mucho menos... Quiera Dios que sólo se trate de esto.

—¿Qué quiere decir?

—No sé. Es un presentimiento. Pero me parece que habrá más víctimas... Que lo que ello sea, no ha hecho sino empezar...

—Es curioso, capitán —confesó Rod Kelly con un suspiro, sin desviar de él sus ojos sorprendidos—. Yo también he pensado lo mismo.

* * *

Estaba muerto.

El profesor Conrad se incorporó, pensativo. Miró a la cisterna.

—Bien, «Octopus» —dijo—. Buena labor...

En el agua, el pulpo coleó sus tentáculos alegremente, como un niño complacido. Parecía aletargado por alguna razón. Como si fuere un reptil, en plena digestión...

Cargar con el cadáver de Maxwell era dura tarea para un hombre como el profesor. No lo intentó. En vez de ello, arrastró el cuerpo hasta una cámara situada a espaldas del laboratorio.

Esa cámara asomaba una vidriera amplia al fondo de una gran piscina del Instituto, dedicada al cultivo de determinados peces. Por el lado opuesto, una especie de compuerta podía lanzar al mar, a presión, cualquier objeto o ejemplar marino que se quisiera dejar en libertad definitiva. Un compartimento estanco recogía aquello que hubiera de ser lanzado y posteriormente, por un sistema parecido al lanzamiento de objetos fuera de un submarino, se proyectaba al fondo marino, entre cuyas rocas del litoral se hallaba aquella parte del Instituto, dedicada a la investigación.

El profesor Conrad dejó a Maxwell en bañador, simplemente, despojándole de todas sus ropas y objetos. Pasó el cuerpo inerte, exánime, al compartimento estanco. Luego, presionó el resorte de salida. Hubo un zumbido en el exterior. Se percibió el burbujeo en las aguas. Dan Maxwell estaba ya fuera. La corriente terminaría por llevarle a cualquier otro punto del litoral, más lejos.

Recogió las pertenencias del muerto. Hizo con todo un envoltorio. Sería cosa sencilla destruirlo, ahora, sin dejar el menor rastro de ello. Nadie debía relacionarle con Maxwell, el playboy del lugar. Nadie debía pensar que él estuviera mezclado en el asunto, o todo se desmoronaría lamentablemente.

—Perfecto, «Octopus» —dialogó con el pulpo, risueñamente—. Todo va bien ahora... Ese tipo no revelará nada a nadie... Ahora, esperemos que Katzman se avenga a guardar silencio todavía durante unas fechas..., y eso será lo que tendrá él de vida, en tanto tú vas evolucionando como espero...

Caminó, pensativo. El pulpo se agitó perezosamente en la cisterna. Aquellos extraños ojos amarillentos, insólitos e inconcebibles en un octópodo, se clavaban en él, insistentes.

—Todo el que sepa demasiado, debe ser destruido —señaló con voz tensa el profesor—. No hay posibilidad de hacerles comprender... Ellos no se darían cuenta de lo que tú, «Octopus» amigo, vas a significar para la historia de la ciencia humana, para el futuro del hombre y de las investigaciones en el terreno marítimo e incluso biológico. Eres la obra cumbre con la que sueña todo científico, todo ser que aspire a más... Te contemplo, «Octopus», y me resulta todo tan increíble...

Siguió andando, en torno a la cisterna, como fascinado por la horrible criatura que ésta contenía. Los ojos amarillos, desde el agua, no le perdían de vista, en sus idas y venidas por el laboratorio.

—Sí, «Octopus» —prosiguió, enfebrecido, dentro de su fanatismo científico—. Eres lo inalcanzado, lo insospechado. Si la gente supiera... Si la ciencia fuese informada... Pero no, no temas. No entenderían tampoco. Dirían que era una monstruosidad, te aniquilarían... Hemos de esperar. Esperar a que seas tú tan fuerte, que nadie pueda aniquilarte ya. Eres la prueba viviente de la posibilidad fantástica y maravillosa de los injertos y de los complementos biológicos... ¡«Octopus», eres el primer ser viviente en el que se funde la posibilidad de sobrevivir en el fondo del mar... y en la superficie de la tierra, con igual facilidad! Tú has demostrado palpablemente que es posible... Sí, «Octopus». Es posible lograrlo. Y se ha logrado. ¡Lo hemos logrado!

Sus ojos se clavaban, fanáticos, en el pulpo. Este parecía flotar, perezoso, vencido, abandonando a su propia indolencia. Como si todo aquello no fuese con él, y su ser alucinante no fuese el centro de toda la disquisición de Conrad...

—Sí, amigo «Octopus»... —insistía Conrad, exaltado—. ¿Quién podría imaginarlo? ¿Quién podría suponer que tú..., que tú eres un extraño octópodo, un simple pulpo alterado en su estructura por unas radiaciones desconocidas hasta ahora..., pero a quien se le ha podido aplicar la maravilla suprema, aquello que puede hacer del más torpe monstruo del mundo, un ser temible y poderoso... Tú, «Octopus»..., un pulpo... «con cerebro humano...» ¡Con el cerebro del asesino Spencer Dahl...!

Y una larga carcajada demencial, brotó de los labios del profesor Warren Conrad, al exponer en voz alta, a solas con su extraña criatura, la terrible realidad de aquel monstruo sin precedentes.

SEGUNDA PARTE

HORROR

«Mas pronto, pronto moriré. Y lo que ahora siento, no volverá a ser sentido. Pronto se extinguirán estas ardientes miserias... Mi alma descansará en paz o, si continúa pensando, no será en lo mismo...»

Frankenstein. Mary W. Shelley

CAPITULO PRIMERO

—Es el segundo, Kelly. Yo tuve razón... El joven periodista afirmó. Sí; él había tenido razón. Era la segunda víctima del mismo extraño modo de asesinar...

—¿Quién fue esta vez, capitán? —quiso saber.

—Un nadador profesional. Un aventurero y mujeriego impenitente, además. Dan Maxwell.

—¿También...?

—Sí. También desangrado. Es horrible. Le golpearon, le hirieron, absorbiendo su sangre.

—Habrà que ir pensando en la posibilidad del vampiro, por tanto...

—No, no es posible. No creo en esa posibilidad, Rod.

—¿Entonces...?

—Sencillamente, no lo entiendo. La autopsia de Martin Dahl nos ha revelado que fue estrangulado por algo poderoso, demoledor. Como si le hubieran enroscado un reptil al cuello. Le dejó en toda su piel señales violáceas, como de golpes, pero eran succiones. No entendemos bien lo que pudo ser, pero es evidente que se trata de un modo diferente de matar. Un método brutal y demoledor. Maxwell era un hombre muy fuerte, vigoroso, difícil de abatir. Sin embargo, tiene huellas de laceraciones en todo su cuerpo, como si algo poderoso le hubiera enrollado, triturándole casi.

—Y también apareció en el mar...

—Sí, también. No lejos de donde apareció el primer cadáver...

—Capitán, ¿podría ser eso... un modo de morir por la acción de alguna radiación especial?

—¿Radiaciones? No, no. En absoluto. Estoy bien seguro de que no, amigo mío. Es imposible que eso lo causen radiaciones de ningún tipo.

—Sin embargo, esa zona del mar sufrió los efectos de la contaminación de la cápsula espacial...

—Es cierto. Sólo que... una cosa nada tiene que ver con la otra. No, Rod, hay algo sólido, tangible, lleno de fuerza... que ha matado a esas personas. Lo que ello sea, no puedo saberlo, la verdad.

—¿Algo nuevo sobre Martin Dahl, capitán?

—Sí. Me han informado de que se hizo cargo, junto con Zena Dahl, del cadáver de su pariente, tras la ejecución. Después, apenas terminados los funerales, parece que tomó esa furgoneta y se vino a Miami Beach. Es todo lo que he podido saber, por el momento. Eso no nos aclara nada.

—¿Ha localizado a la viuda?

—Sí. Está en Alabama. Le he cursado ya una carta para que venga. Posiblemente no quiera, por no ayudar a la ley, a la que considera culpable de la muerte de su esposo. Si es así, la haré traer por la fuerza. Pero quizá eso nada resuelva.

—Quizá no —convino Rod Kelly, pensativo, encogiéndose de hombros—. Sólo que hay que intentarlo todo, capitán, antes que darse por vencido. ¿Qué sitios frecuentaba ese Maxwell?

—Oh, pues ya puede imaginar, Rod. Todos los lugares donde había mujeres de dinero, ambiente mundano, deportes náuticos...

—¿El club Náutico, por ejemplo? —sugirió Rod.

—Sí, por ejemplo —aceptó, ceñudo, el policía.

* * *

—Claro —afirmó seriamente Sandra Steele—. Conocía a Dan Maxwell. Pobre muchacho...

—¿Era una persona mezclada con gente de mal vivir?

—No exactamente. Pero le gustaba vivir de las damas caprichosas, adineradas. No le iba mal con eso. Era fuerte, guapo... —sonrió, moviendo su pelirroja cabecita—. Desde luego, nunca me gustaron esa clase de tipos, pero él no se metía con nadie, y me tenía sin cuidado su modo de vivir.

—¿Se trataron alguna vez?

—Muy pocas. Ya le digo que no era mi tipo. Y él lo sabía. No era ningún tonto.

—Supongo que todo esto no conduce a ninguna parte —musitó Rod, cansadamente, apoyándose en el mostrador del bar—. Pero hay que investigar sobre las víctimas, por si algo se pone en claro de una vez...

—¿Qué cree que está ocurriendo?

—No lo sé. Los hombres mueren misteriosamente, y sus venas aparecen vacías de sangre. No tiene mucho sentido, en apariencia. Ni siquiera parece un caso normal. En los dos casos, parece que la muerte les sobrevino antes de ser sumergidos en agua. Es decir, murieron en tierra firme, no en las profundidades.

—Eso hace las cosas más difíciles, ¿verdad?

—Sí, mucho más. Y revela que alguien trata de deshacerse así de los cuerpos, una vez cometido su crimen. Con el anterior llegué a pensar si habría sido víctima de alguna criatura de las profundidades, pero al saber que murió en tierra, deseché esa idea. Respecto a Maxwell, la cosa se confirma. Además, él era fuerte, vigoroso... Su enemigo tuvo que serlo infinitamente más...

—¿Más fuerte que Maxwell? —dudó Sandra—. Me resulta difícil creerlo. Era un atleta. Tenía una fuerza titánica. Incluso se ofreció para capturar el pulpo gigante, si era preciso.

—¿El pulpo gigante? —enarcó las cejas Rod, pensativo.

—Sí. El que vimos Carol y yo —se estremeció la joven—. Luchamos con él, y huyó. Hablando de ello en el club Náutico, Maxwell le dijo a Carol si quería que lo capturase para el Acuario del Instituto Oceanográfico... Se sentía capaz de ello, y no era alarde. Había cazado ya ejemplares marinos de gran valor, con un derroche de fuerza física y facultades. Naturalmente, Carol le agradeció el ofrecimiento, pero lo rechazó. No queríamos ni oír hablar más de ese pulpo...

—Un pulpo gigantesco... Acaso producto de las radiaciones —comentó Rod, frotándose el mentón—. Un animal así tendría fuerzas para matar a un hombre como Maxwell, ciertamente. Pero tampoco eso es posible. Un pulpo no se mantiene vivo fuera del agua. De modo que por ese lado, no hay posibilidad alguna...

—En resumen: no le he sido útil en absoluto, ¿no es cierto? —se lamentó ella, pensativa.

—No se lamente. Ya lo esperaba. A fin de cuentas, no es porque todo eso sea asunto mío. Es, sencillamente, curiosidad profesional. El que pasa malos ratos es el capitán Moore, de Homicidios. Está metido en un buen problema...

—Ahí viene Carol —dijo Sandra, mirando al exterior—. ¿Salimos en su busca?

—Sí, vamos. Y olvide todo el asunto. No vale la pena volver a hablar de ello. Sólo lograríamos estropear este hermoso día... y nuestro propio buen humor, Sandra.

* * *

Clark Katzman se detuvo ante la puerta metálica. Giró la llave, despacio, sin producir apenas ruido.

Luego, entró en el laboratorio cautelosamente. Cerró tras de sí. Miró en derredor, con el corazón palpitando fuertemente en su pecho.

—Cielos... —musitó.

No estaba Conrad. Estaba él solo. El... y *aquello*. Lo contempló, estremecido. Flotaba mansamente, adormilado en el agua de la cisterna. Era monstruoso imaginarlo...

Por fuerza tenía que haberse vuelto loco su compañero. Aquello no se podía mantener oculto. No era posible. El Instituto debía de

saberlo. Y la policía, incluso. Aquella aberración debía terminar. Una cosa era la ciencia. Otra muy diferente... esto.

«Nunca debió hacerlo —jadeó para sí—. Dios mío, aún me parece increíble que él, Warren, decidiera... llegar tan lejos.»

Caminó cauto, sin producir ruido alguno. Llegó hasta la mesa de trabajo. Sabía lo que tenía que hacer. Había descubierto casualmente aquellos apuntes cifrados de Conrad. Se le cayeron de entre sus cosas, él no lo advirtió. Y Katzman conocía bien la clave. Descifró el texto.

Era espantoso.

Trató de no pensar en ello. Pero resultaba difícil evitarlo. Era como una obsesión. Algo absorbente, increíble, aterrador. Una pesadilla viviente.

Le pareció sentir algún ruido. Un roce a su espalda. Se volvió. No. Estaba equivocado. El pulpo seguía durmiendo en el agua. No se movía lo más mínimo.

«Voy a informar —susurró para sí—. Ahora mismo. Ya está comprobado que estudia las reacciones del monstruo, su evolución biológica, después de... de ese horrible injerto de un cerebro humano en su espantosa cabeza...»

Ahora sabía por qué no quiso revelar al Instituto la existencia del pulpo gigante en su laboratorio. Ahora sabía muchas cosas. Aquello, ni siquiera era ya propiamente un pulpo. A su deformación por las radiaciones en el mar contaminado, se unía... el aterrador factor de la presencia de... ¡una mente humana en aquel cuerpo repugnante y viscoso, dotado de ocho tentáculos!

«Está decidido —susurró, apenas observó el material de su amigo, dispuesto para el trabajo de investigación sobre aquella cosa creada en mala hora, fuera de toda norma científica e incluso racional—. Avisaré ahora...»

Miró al pulpo inerte. Descolgó el teléfono. Se dispuso a oprimir el botón del supletorio correspondiente a Dirección.

—No foques... ese teléfono...

—¿Eh? —sobresaltado, tiró el aparato, desprendiéndose de su mano el auricular. Se volvió, buscando al que había hablado.

No encontró a nadie. Sólo al pulpo, flotando en el agua mansamente..., ¡pero ahora «mirándole» con unos estremecedores,

diabólicos ojos amarillos...!

—¡Oh, no, no! —jadeó—. ¡No es posible...! Un pulpo no puede... *hablar...*

—Tampoco puede... salir del agua... y actuar... en tierra firme... —le llegó el extraño susurro estremecedor.

Y para su espanto, el pulpo comenzó a salir de su cisterna. Katzman retrocedió, aterrado, en el paroxismo de su pánico.

—Por Dios... Un octópodo que habla... y camina..., como un ser humano... —gimió, lívido, descompuesto.,.

—Estoy a medio camino entre el ser humano... y el octópodo... —susurró la voz fantasmal, que era como un siseo dentro de la cabeza informe del monstruo marino— Mi organismo evoluciona... y mi mente... también...

—¿Qué..., qué pretendes... hacer? —musitó Katzman, siempre retrocediendo, vacilante, dominado por la angustia y el horror.

—Matar...

—¡No, no!

—Matar... Siempre matar... Deseo... matar... a todo el que sea... mi enemigo... Matar... Sí, matar...

Katzman intentó escapar, eludir al monstruo que se movía, reptante, sobre sus tentáculos, en dirección a él. Tarea inútil.

Los tentáculos se estiraron, afianzando su presa en él.

Sonó un grito agudo y terrible, pero que no llegaría a ningún sitio, entre los muros macizos del laboratorio del profesor Conrad.

Luego, forcejeos, coletazos de tentáculos... y un golpe seco, cortante, en la carne del infortunado.

La sangre empezó a brotar. Y comenzó la horrible succión, por parte del monstruo, nutriéndose, una vez más, de sangre humana...

La resistencia de Katzman fue cediendo, cediendo lentamente...

CAPITULO II

—Hemos tenido suerte —murmuró el policía—. Zena Dahl viene desde Alabama. La acompaña otro familiar del ejecutado. Parece que tenía un hermano fuera de Florida, un tal Bernard, al que hacía años que no veía.., El acompañará a Zena hasta Miami Beach.

—¿Eso arreglará algo, capitán?

—No, claro que no. Es sólo un esfuerzo más, aunque no sirva absolutamente de nada, mi querido amigo...

Asintió Kelly, pensativo. Luego, preguntó, recordando algo:

—¿Es cierto que encontraron la furgoneta de Martin Dahl?

—Sí, es cierto. Hundida en el agua, cerca del promontorio... La halló un submarinista. Está bastante deteriorada ya, a causa de la prolongada inmersión.

—¿Y...?

—Es una furgoneta vulgar, de reparto domiciliario de helados y dulces. Tiene un compartimento frigorífico atrás. Ahora la examinarán los expertos, por si nos ofrece algo nuevo, pero toda posible huella la habrá borrado el agua en estos días...

—Sí, eso pienso yo. De todos modos, capitán, le deseo suerte.

—Gracias, amigo mío... —el oficial de policía sacudió la cabeza, pensativo. Sonó el teléfono de su despacho. Lo descolgó, interrumpiendo la charla, para preguntar—: ¿Dígame? Sí, el capitán Moore en persona. ¿Qué hay?

Alguien le habló al otro extremo del hilo. El rostro de Moore reveló sorpresa. Asintió, empezando a tomar rápidos apuntes. Luego colgó, prometiendo ocuparse del caso inmediatamente.

Miró a Kelly, con expresión grave. El periodista se intrigó.

—¿Algo nuevo? —quiso saber Rod.

—Nuevo... y malo. Otro problema más.

—¿Cuál?

—Una desaparición. Una persona importante: el doctor Clark Katzman, del Instituto Oceanográfico. Ha desaparecido. Nadie sabe dónde está. Era su familia quien denunciaba su desaparición. Katzman es colaborador y amigo del profesor Conrad.

* * *

—Cierto, capitán. Es amigo mío. Y el mejor de mis amigos, además. ¿Qué puede haber sucedido?

—No lo sé, profesor. Su familia ha denunciado el caso. ¿Usted no se ha extrañado de su ausencia?

—No, claro que no —sonrió Conrad, afable—. Sólo hace dos días que estuvo aquí, trabajando conmigo. A veces ha tardado más de dos y de tres días en venir. No había en eso motivo alguno de alarma, puede estar seguro. Lo que me sorprende es que no le haya visto su familia. Eso sí resulta ya harto inquietante...

—¿Inquietante? Yo diría que sí, profesor. Especialmente, con las cosas que están sucediendo últimamente aquí en Miami Beach. Todo ello resulta tan raro... Por eso quiero hablarle de Katzman. ¿Imagina dónde puede estar ahora, dónde se puede seguir su pista con más posibilidades de hallarle?

—No, en absoluto, capitán. El no tiene costumbres extrañas ni se sale de su vida habitual y rutinaria. Los que trabajamos en cosas científicas, puede creer que somos personas de pura rutina. Si no está aquí, ni en su casa, solamente podría estar en su propio centro de trabajo en el Centro de Estudios Marítimos...

—No, tampoco está allí. Hemos comprobado ese punto. Falta también desde hace dos días...

—No lo entiendo, capitán... —el rostro de Conrad reveló inquietud—. Si pudiera ayudarle...

—¿Dice que él trabaja con usted abajo, en su laboratorio?

—Sí, así es.

—Bien. Entonces, le agradecería que tuviera la bondad de ayudarme. Quiero entrar en su laboratorio.

—Es zona prohibida a las visitas, capitán.

—Aun así, quisiera entrar.

—¿Por qué motivo?

—También yo tengo mi rutina, profesor. Quiero revisar los papeles de su socio y amigo. Es posible que en ellos se encuentre algo.

—Le repito que no es norma nuestra autorizar a que alguien visite los laboratorios y...

—Le entiendo muy bien —afirmó secamente el capitán—. Aun así, insisto.

—Bien —suspiró el profesor, de mala gana—. Usted es la ley. No puedo prohibirle nada. Sólo le indiqué las normas del Centro. Venga, por favor...

Le escoltó hacia abajo, al laboratorio. El capitán siguió al profesor. Y con él, bajó Rod Kelly, mudo testigo de la escena.

—Por mí no tiene que preocuparse, profesor —dijo Rod—. Me quedará afuera, sin violar las reglas establecidas. Sólo el capitán pasará a su laboratorio.

—No, ya no importa demasiado —rechazó el profesor, encogiéndose de hombros—. Pueden entrar ustedes dos... Y no me juzguen mal. Son rarezas de sabio, como se acostumbra a decir.

Y rió entre dientes, sacudiendo la canosa cabeza de lado a lado.

Llegaron abajo, a la metálica puerta hermética, con su aviso de prohibición. El profesor introdujo la llave, decidido. La hizo girar. Chirrió suavemente la puerta, al abrirse. Se hizo a un lado, ceremonioso.

—Pasen, por favor —pidió—. Y bienvenidos a mi santuario científico...

Entraron Moore y Kelly. El les siguió, cerrando tras de sí. La puerta, al chirriar secamente tras de ellos, recordó vagamente a Rod Kelly el sonido lúgubre de un ataúd, encajándose sobre un cadáver...

* * *

—No sé por qué hacemos este viaje, Bernard...

—Ya viste lo que dijo el policía de Miami Beach. Parece que

alguien asesinó a Martin.

—Martin... —la viuda del ajusticiado sacudió la cabeza—. No merecía otra cosa. Siempre fue un bribón. Incluso me sorprendió su gran interés por ocuparse de los funerales de Spencer...

—Sí, es raro en él. Nunca hizo nada por nada. Recuerda el asunto aquel de los entierros y la funeraria. De haberse llevado Spencer algo realmente valioso al otro mundo, hubiera sido cosa de dudar... Pero mi pobre hermano, tras una muerte así, ¿qué podía significar ya para Martin, si ni siquiera a ti te dejó nada de valor?

—De todos modos, debió meterse en algo sucio —comenzó Zena—. Y terminó sin vida, en el mar... Me gustaría saber lo que fue a hacer a Miami Beach, para encontrar la muerte allí...

—Sí, a mí también me gustaría saberlo. Y es posible que sea ahora cuando realmente lo sepamos, Zena.

Los dos viajeros se miraron en silencio, mientras el reactor atravesaba Florida, hacia el aeropuerto de Miami. En breve estarían en su punto de destino. Y no sabían ellos lo que allí podía esperarles.

De haberlo sabido, hubiesen huido despavoridos, en dirección opuesta...

* * *

Rod Kelly miró en torno suyo, atentamente.

Las tres cisternas atrajeron en el acto su atención. Contempló los peces en dos de ellas. Y el vacío de la tercera, provista de agua y un fondo de piedrecillas, algas y arena, pero sin ocupante alguno en su interior.

El capitán Moore revisaba los papeles y útiles de trabajo de Katzman. En esa tarea, le ayudaba el profesor Conrad minuciosamente. Solamente dirigió de soslayo una ojeada hacia Rod Kelly, cuando le vio interesado en las cisternas, pero no dijo nada, ni reveló emoción alguna su gesto rugoso, cansado. Kelly ni siquiera advirtió la ojeada del sabio.

Paseó ante las cisternas. Lo estudió todo con curiosidad profesional. De repente, hizo la pregunta. Brusca y tan seca, que sobresaltó a Warren Conrad:

—¿Dónde está?

—¿Cómo? —jadeó el profesor, perplejo.

—¿Dónde está el ocupante que debería estar aquí? U ocupantes, claro... —sonrió Rod, señalando la cisterna.

—Oh, eso... —suspiró Conrad—. No..., no hay ninguno ahora. No siempre tengo ejemplares en estudio aquí abajo.

—Pues debió tener algún pez hace poco —sonrió Rod. Y señaló adentro—. Vea. Hay una especie de baba adherida al vidrio. No está seca ni endurecida. Es reciente.

—Aguda mirada la suya —dijo fríamente Conrad, clavando en él sus ojos—. Sí, eso es bien cierto, amigo mío. Tuve ahí unos..., unos calamares de una especie rara, tropical... Ya han pasado a otra sección del Instituto. Y hace solamente unas horas, por cierto.

—Parece que no hay nada de Katzman que tenga valor especial —dijo en ese momento el capitán, removiendo los últimos papeles—. Usted tenía razón, profesor. Deberá perdonarnos...

—Están perdonados, por Dios —sonrió el investigador—. Pueden volver siempre que quieran. Estén bien seguros de que les recibiré gustoso en mi laboratorio... No olvide venir alguna vez, señor Kelly. Mi hija ya me ha hablado de usted. Veo que no mintió. Tiene auténtico olfato para todas las cosas. Como un detective.

—Pero aficionado —sonrió fríamente Kelly—. Ya nos veremos, profesor...

Salieron los dos hombres del laboratorio. Conrad se quedó dentro, tras despedirlos en la puerta. Subieron ambos a la planta alta. Cuando llegaron arriba, resopló con alivio el capitán.

—Uf... —murmuró—. Ahí abajo me ahogaba... Es como si todo fuese un enorme acuario, y nosotros pudiéramos ser también peces...

—Sí, esa impresión tuve, capitán... Por cierto, ¿puede decirme si encontró algo de valor especial?

—Yo dije que no, ¿recuerda? —sonrió Moore, mirándole sorprendido.

—También, recuerdo algo: no me convenció su modo de decirlo.

—Bueno, es una tontería. Pero Katzman tenía unos apuntes sobre posibilidades biológicas en el reino animal marino. Parece que él y Conrad han llegado a pensar si sería posible hacer cruces de humanos

¡y peces!

—Cielos, qué horrible cosa...

—Conrad no se fijó en ese papel —se tocó el bolsillo el policía—. Y yo me quedé con él. Tal vez leyendo los apuntes personales de Katzman lleguemos a alguna conclusión. Personas que piensen en hacer injertos humanos a los peces, no me parecen demasiado normales, Rod...

—No, ciertamente no lo son, capitán. No pueden serlo... —convino el periodista, con un escalofrío de horror, fruncido su ceño. Y añadió, pensativo—: ¿Observó algo en ese laboratorio?

—¿A qué se refiere?

—A esa cisterna vacía... Hubo algo, hasta hace muy poco, dentro de ella. No sé lo que pudo ser, pero había unos rastros babosos en el vidrio, por encima del nivel del agua. Rastros que no se habían secado. Bastante anchos, y con huellas de formas circulares, como redondeles viscosos... No sé lo que puede ser, pero el profesor, no nombró nada especial... y argumentó que tuvo unos raros calamares allí... Muy raros debían ser, la verdad.

Moore movió la cabeza, reflexivo. Se encogió de hombros, con aire intrigado.

—No sé, Kelly. Pero todos esos viejos científicos siempre me han parecido algo chiflados. Esperemos que sólo sea eso...

* * *

Bernard Dahl afirmó, despacio, la mirada fija en sus interlocutores.

—Sí —dijo, rotundo—. Martin era un rufián. Siempre lo fue.

—Lo sabíamos —afirmó Moore, pensativo—. Lo que ignoramos es lo que vino a hacer aquí, en Miami Beach, con una furgoneta comercial, que ni siquiera era de ninguna empresa real.

—Alguna pillería, no lo dude —suspiró Bernard—. Mire, capitán: la justicia se equivocó con mi hermano Spencer, siempre lo afirmaré. El cometió un delito, pero no era responsable. Su mente no funcionaba bien. Era un enfermo. No quisieron tratarle como a tal, y pagó con su vida, en vez de ser recluso. Eso me hace verles a todos ustedes con poca simpatía, se lo confieso. Pero de ello a negarle mi apoyo, va un abismo. Nuestro pariente, Martin, era mucho peor persona que mi hermano, se lo aseguro. Era un perfecto canalla, capaz de cualquier

cosa por dinero.

—¿Qué cosa, por ejemplo, pudo conducirlo a una muerte tan extraña?

—No lo sé, capitán. Ignoro lo que pudo matar en tales circunstancias a Martin, pero le diré algo más: si murió mientras intentaba alguna felonía..., bien muerto está.

—Entiendo lo que siente —afirmó despacio el oficial de policía—. Pero también me gustaría dar con su asesino. Es injusto que no pague su delito. Además, pensamos que puede haber algo extraño en esto, algo fuera de lo normal...

—Evidentemente, el modo de morir no fue normal —convino Zena, que se mantenía fríamente pensativa, como distante—. Pero, ¿qué podemos aclararle en ese sentido Bernard o yo?

—Tal vez mucho. Ustedes conocían bien a Martin. Acaban de decirme algunas cosas de él. Pudiera ser que recordasen alguna más... Traten de pensar, de darle vueltas al asunto. ¿Qué pudo traerle a Miami Beach, con ese vehículo? ¿Conocía a alguien aquí?

—Sí, conocía a alguien —afirmó Zena.

—¿A quién?

—No sé. Nunca lo supe. Pero hizo otros viajes a Miami Beach. Spencer sí sabía la clase de persona que pudiera conocer. Y sabía más sobre sus chanchullos. Desgraciadamente..., Spencer no está aquí para aclararlo, capitán.

—Cierto, señora —Moore respiró hondo, desviando su mirada pensativa—. Si al menos hubieran sabido la clase de cosas oscuras que fue capaz de hacer Martin en su vida...

—De todo, capitán —afirmó, rotundo, Bernard. Se inclinó, añadiendo—: Traficó en drogas, en diamantes, compraba y vendía joyas robadas... e incluso hubo un tiempo en que llegó a robar cadáveres, de un hospital donde trabajaba, para venderlos a científicos que investigaban en cuestiones biológicas...

Moore pegó un leve respingo. Su mirada se cruzó, rápida, con la de Rod Kelly. Este le contemplaba ya, con expresión tensa, perpleja. Los dos hombres se mantuvieron en silencio un instante. Pero por sus cabezas cruzó una misma idea.

—Cadáveres... —musitó roncamente Moore—. ¿Qué ha dicho,

Dahl?

—La verdad, capitán. Hasta una cosa así fue capaz de hacer Martin. Y tuvo suerte. No pudieron probarle nada... Pero yo sé que lo hizo.

Kelly se puso en pie. Caminó hacia el ventanal asomado a Miami Beach, a la costa azul y dorada.

—La furgoneta, capitán —musitó el reportero—. Con la cámara frigorífica... Los experimentos de Conrad...

—¡Infiernos, estoy pensando lo mismo! —jadeó, muy pálido, Moore—. Pero me parece tan horrible...

—Recuerde: biología. Cruce de peces y seres humanos...

—¿De qué están hablando? —se impacientó Bernard, sin entender nada de todo aquello.

—Un momento, Dahl —cortó Moore, enérgico, volviéndose a él—. ¿Quién se ocupó de... de los funerales de su hermano... y de su sepelio?

—Martin lo hizo todo —habló Zena, sorprendida.

Moore no dijo nada. Se precipitó al teléfono. Lo descolgó. Y llamó a alguien del Departamnto, con urgencia.

* * *

Todos los ojos se clavaron en la lápida. Los obreros empezaron a forzarla, con eficiencia.

—Es... es un disparate —susurró Bernard, muy pálido—. Mi pobre hermano...

—No le ocurrirá nada por comprobar lo que hemos de comprobar, Bernard —dijo Kelly, pensativo, sombrío—. Y, sin embargo, podemos aclarar muchas cosas, de una vez por todas.

—Pero, ¿qué cosas? —musitó Zena, con expresión angustiada—. No comprendo nada, señora...

—Nosotros tampoco estamos seguros de comprenderlo, señora —terció Moore—. Pero ahora sí vamos a estarlo. Y ojalá no sea lo que estamos pensando...

La lápida se había movido ya, una vez desprovista de sus

remaches. Los obreros se enjugaron el sudor. Hacía calor en el pequeño cementerio. Y la tarea era dura, bajo el fuerte sol matinal. Alrededor de ellos, el silencio era absoluto. Estaban solos en el recinto funerario.

—El ataúd está ahí —dijo Kelly, ceñudo, señalando al fondo—. ¿Seguimos?

—Claro —afirmó Moore, tras una ojeada al silencioso juez que servía de testigo por parte de la justicia, en aquella exhumación inesperada—. Adelante...

Los hombres del cementerio extrajeron el féretro. Expresó Bernard su sorpresa.

—Creí que había hecho incinerar a mi hermano —expresó—. Y no fue así...

—No sabemos todavía a ciencia cierta lo que hizo con Spencer Dahl —habló Moore, sombría la entonación—. Por lo menos, Bernard, no se sorprendan ustedes de nada. Ni se impresionen demasiado...

El féretro fue extraído y puesto ante ellos. Bernard rodeó a Zena con un brazo. Ella sollozó ahogadamente, muy impresionada. Moore hizo un gesto seco. Los empleados empezaron a desatornillar la tapa.

Rod Kelly respiró hondo. Contempló la tapa del féretro, a medida que era manipulada diestramente por los empleados. Empezó a ceder, con un leve chirrido lúgubre...

—Ya —dijo Kelly—. Veamos...

Se inclinaron. La tapa fue puesta a un lado. Moore lanzó una sorda imprecación entre dientes. Kelly se mordió el labio inferior. El juez reveló su sorpresa. En cuanto a Bernard y Zena, al aproximarse, lanzaron una doble exclamación de horror y sorpresa.

—¡No es posible! —gimió ella.

—Cielos... *No hay nadie...* —susurró Bernard Dahl, muy pálido—. ¿Qué hicieron con mi hermano? Kelly se volvió a él, pensativo.

—No lo sé —confesó—. Pero me temo que algo horrible...

CAPITULO III

—Hemos terminado —murmuró roncamente Moore, acabando de revisar las pertenencias de Clark Katzman, en la vivienda que éste ocupara en Miami Beach, hasta desaparecer misteriosamente, sin dejar rastro—. Vamos ya.

—¿Nada nuevo, capitán? —indagó Rod.

—Nada. Alguien estuvo aquí antes que nosotros. Faltan muchos legajos y folios de trabajo entre las cosas de Katzman.

—¿Conrad?

—¿Quién, si no? —le miró Moore, reflexivo—. Usted tiene amistad con la chica de Conrad, Kelly—. ¿Por qué no trata de averiguar algo por ese lado? Empiezo a ver cosas muy feas en este asunto, pero, naturalmente, no poseo evidencia alguna, ni siquiera sé la clase de maldito experimento que se ha llegado a hacer aquí...

—Está bien —afirmó Rod—. Aunque Carol no parece muy metida en los experimentos de su padre, hablaré con ella, tratando de saber algo, disimuladamente... Entretanto, ¿qué piensa usted explicarle a Bernard? No quiere irse de Miami Beach, sin saber qué fue del cadáver de su hermano...

—No sé, Rod. Es un problema más que tengo entre manos. Ese hombre quiere saber lo que sucede, y resulta justo que así sea. Pero, ¿quién le dice lo que sospechamos? Sería horrendo, no estando además seguros de nada, como nos sucede ahora...

—Y Dios quiera que nunca lo estemos —musitó con un estremecimiento Rod Kelly—. Sería como tocar algo prohibido, algo que está fuera de este mundo...

* * *

—No, no he visto hoy a Carol aquí —negó Sandra Steele, su esplendorosa figura exhibida al sol, en los arrecifes de la bella playa

del club Náutico—. Pero posiblemente no tarde en llegar. Le entusiasma el deporte náutico, bien lo sabe.

—Sí, a las dos veo que les divierte hacer deporte en el mar... —afirmó Kelly, pensativo, paseando junto a ella.

—¿Le ocurre algo, Rod? —indagó la joven—. Le noto preocupado...

Rod contempló las aguas apacibles, suaves, tersas y azules, rompiendo en los *surfs* inmediatos, con crestas de blanca espuma. Más allá, una pareja practicaba esquí acuático. Las gaviotas se perdían en la distancia, raseando su vuelo cerca de las boyas flotantes y un promontorio.

—Sí, hay problemas graves —afirmó lentamente Rod. Sin dejar de contemplar el mar, habló despacio—. Me pregunto si nos enfrentamos a un peligro llegado del espacio, a uno provocado por el propio hombre..., o ambas cosas a la vez.

—¿Qué quiere decir? —se intrigó Sandra.

—No, no me haga caso —sonrió Rod, forzado—. Estaba divagando... Lo cierto es que hay algo terrible cerca de nosotros. Lo presiento. Y me gustaría saber lo que es. Desde que cayó esa cápsula espacial en el mar, todo han sido problemas... Tal vez sea casual, pero...

—No, no es casual —negó Sandra, preocupada—. ¿Sabe algo?

—¿Qué?

—Ayer..., ayer me sumergí a bastante profundidad, con mi equipo de inmersión. No hallé al pulpo gigante de aquella vez, pero sí he visto algunos peces excesivamente desarrollados... Y unos crustáceos que son demasiado grandes ahora... Podría ser simple impresión mía, pero estoy habituada a ver el fondo del mar, y he notado algo raro en ellos. *Crecen*, ¿entiende, Rod? Crecen demasiado...

—Crecer... —Kelly se mordió el labio, pensativo—. Habrá que informar de eso a las autoridades. Que lo investiguen. En cuanto al pulpo gigante, puede ser peligroso, porque habrá más de uno...

—Yo no he vuelto a verlo —sonrió Sandra, con gesto de alivio—. Si viviera aún Dan Maxwell, diríase que al fin logró capturarlo, como había prometido.

—¿Prometió él eso? —indagó Rod, interesado.

—Sí. Y muy firmemente. Luego, por algo que dijo, llegué a creer que lo había logrado, pero, naturalmente, no fue así, o lo hubiera sabido todo el mundo. Un ejemplar semejante no pasa desapercibido. Y él era un gran fanfarrón...

—El pulpo gigante... —reflexionó Rod—. ¿Podría dejar huellas babosas en un vidrio, Sandra? Con los redondeles de sus ventosas bien marcados... ¿Podría hacerlo?

—Claro. Si se adhiere a los vidrios, deja señales así, lógicamente... —Sandra le contempló sorprendida—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Nada —negó Rod, excitado—. Creo que será preciso explorar el fondo del mar. Pero esta vez será un equipo de hombres-rana especializados... y de noche, para no llamar la atención. No hable de esto a nadie, Sandra. Ni siquiera a Carol. Ya le contaré...

* * *

Los hombres-rana, como extraños seres de otro planeta, con sus equipos de inmersión brillantes, chorreantes de agua, se mantuvieron rígidos en torno a su doble hallazgo. Bernard, lívido, se echó atrás, como si le hubieran dado un mazazo.

—Dios mío... —dijo en un ronco susurro—. Dios mío... Sí, es él. Estoy seguro...

Moore no dijo nada. Apretó los labios. Las luces caían sobre los dos cuerpos medio putrefactos, extraídos del fondo de las aguas, en una zona de difícil acceso. Ambos cadáveres aparecían envueltos en cadenas pesadas, y con lastres de gran volumen. Naturalmente, uno de los cadáveres aparecía más descompuesto que el otro.

—Katzman... —susurró Kelly, estudiando el cuerpo menos descompuesto—. Es él. Desangrado por completo...

—Y ese..., ese otro... es el cuerpo de él... De mi hermano... —gimió Bernard, alterado. Se irguió, furioso—. ¡Dios mío! ¿Qué ocurre aquí? ¿Han visto eso? ¿Se han dado cuenta? ¡La cabeza...! ¡La cabeza...! ¡Está «vacía»...! Le levantaron..., ¡le levantaron la tapa del cráneo...!

—Sí, Bernard —afirmó Kelly, sombrío—. Es cierto.

—Pero..., ¿por qué? ¿Para qué?

—Lo lamento, Bernard —dijo Moore, con voz grave—. Es duro de referir, pero me temo que, por increíble que le parezca... el cerebro de su hermano Spencer Dahl... está ahora..., está ahora «dentro de un

pulpo gigantesco... y vivo».

En ese momento, en alguna parte, sonó un largo, agudo grito de mujer, lleno de terror.

Se miraron Moore y Kelly, pálidos, impresionados. Kelly reconoció la voz inmediatamente.

—¡Carol! —gritó—. ¡Es la hija de Conrad!

Y se precipitó fuera del lugar de costa donde habían dado con los cadáveres sumergidos. Moore, rápido, desenfundó su revólver reglamentario, siguiéndole presuroso.

* * *

Carol era presa de un agudo ataque de histeria cuando dieron con ella.

Y había motivos para ello. Estaba allí la causa. A pies de la horrorizada joven.

—¡Conrad! —gritó con voz ronca el capitán de policía—. ¡Es el profesor Conrad!

Kelly se precipitó hacia Carol, sujetó sus brazos, la zarandeó, para arrancarla de su violenta crisis. Ella, entre histéricos sollozos, se aferró a él, con expresión de horror sin límites, señalando a sus pies, al cuerpo tendido allí ante ella.

—Mi padre, Rod... —gimió—. ¡Mi padre! ¡Está muerto...! ¡Le han asesinado! ¡Mire, mire su aspecto! ¡Es... es horrible...!

—Calma, Carol —la trató de confortar él—. No mire más... Apártese... Sí, ya veo a su padre... Desangrado. Como los demás... Pero mucho me temo que esta vez... fue todo culpa de él. Y que no ha sido sino la víctima de una criatura a la que él mismo, disparatadamente, dio vida...

Carol, angustiada, con ojos dilatados, le contempló, trémula de pavor. Su boca balbuceó penosamente algunas palabras desarticuladas:

—Muerto... El mismo... Una criatura... ¿Qué dice, Rod? ¿Qué pretende... darme a entender?

—Se lo contaré, Carol. Pero más tarde. Cuando esté recuperada... ¿Usted no sabía...; no sabía en qué estaba metido su padre?

—No, no... —negó lentamente—. Yo... nunca me metía en sus asuntos... Me gusta investigar por mi cuenta..., pero sin mezclarme en las ideas... de papá... ¿Qué ha ocurrido, Rod? ¿Qué significa todo esto?

—Ya lo sabrá, Carol. Ya lo sabrá. Ahora, venga conmigo. La llevaré adonde se tranquilice un poco...

La fue apartando de allí, pausada, pero enérgicamente. Moore le miró, asintiendo. Luego se quedó contemplando lo que había a sus pies, el cuerpo sin vida de aquel hombre, sacudió la cabeza, estupefacto, y musitó, con voz trémula, impresionada:

—Dios mío, es como si una maldición hubiera caído sobre nosotros... En alguna parte anda ahora un horrible monstruo, un ser demoníaco, mil veces peor que todo cuanto imaginó el hombre hasta ahora... Un... un pulpo con cerebro humano... El cerebro de un demente asesino que, tal vez, busca venganza en los humanos que le condenaron, desde su actual posición, dentro de un monstruo marino... Dios mío, pero, ¿dónde? ¿«Donde» estará esa criatura diabólica...?

* * *

Las dependencias del Instituto Oceanográfico fueron precintadas por los funcionarios de la policía. Moore, sombrío, contempló el final de la operación. Se volvió hacia Kelly, Carol Conrad y Sandra Steele, que le acompañaban. Ambas muchachas aparecían pálidas, impresionadas, con el horror impreso en sus rostros.

—Es todo lo que se puede hacer —dijo despacio el oficial de policía—. Vamos ya...

Iniciaron la marcha hacia el exterior. Funcionarios del Instituto, policías, e incluso expertos del Servicio de Guardacostas, se hallaban presentes. Afuera, frente a la costa, patrullaban varias embarcaciones de guardacostas, sin que el público supiera a ciencia cierta por qué. Se había alegado la posibilidad de radiaciones procedentes de la cápsula averiada, y se insistía en que era más prudente que nadie se adentrara en el mar ni practicara la inmersión durante un cierto tiempo.

—¿Cree que lograremos algo? —dudó Kelly.

—No lo sé, Rod —confesó amargamente el policía—. Pero es todo lo que podemos hacer, ¿no le parece, amigo mío?

—Sí, ciertamente —convino Kelly, sombrío—. Sabemos, por las anotaciones halladas en el laboratorio del profesor Conrad, que su... su

«criatura», es una especie de anfibio perfecto. Lo mismo sobrevive en el mar que en tierra. Eso es peor. Infinitamente peor, porque no limita la búsqueda al elemento líquido, sino a cualquier lugar donde pueda mantenerse oculto. Sabemos que está dotado de la maldad, inteligencia y crueldad de una mente humana, demente por añadidura. Y sabemos, por tanto, que es capaz de todo en su actual perversidad. De cualquier modo, sospecho que siempre terminará por ir en busca de refugio al mar o a alguna gran masa de agua, incluso por instinto. Allí sabe que está más seguro que en tierra.

—Es evidente que se nutre de sangre humana, en su actual estado —habló lentamente un experto en fauna marítima, perteneciente al Servicio de Guardacostas de Estados Unidos, presente en el grupo—. No sé cuál es el fenómeno biológico que se ha producido en el octópodo, si es motivado por el injerto monstruoso del profesor Conrad, o porque las radiaciones del objeto llegado del espacio exterior, al actuar sobre el monstruo, le han alterado su metabolismo de modo fundamental. Yo me inclinaría por una mezcla de ambas cosas. Las radiaciones está empezando a demostrarse que provocan un desmesurado crecimiento de las criaturas marinas, quizá por multiplicar o ampliar sus células en forma desordenada. Investigaremos eso con rapidez. Por otro lado, al hacerse gigante ese pulpo, y convertirse en objeto de tan cruel experimento, dio motivo a la creación de un ente nuevo por completo, un ser mezcla de octópodo y humanoide. El injerto ignoro cómo llegó a realizarse y solamente cuando demos caza a esa horrible criatura, si es que se logra, podremos entender algo del proceso biológico y quirúrgico seguido por el profesor Conrad en su peligrosa experimentación.

—De cualquier modo, lo que hizo fue dar vida a un ente demoníaco, como un nuevo Frankenstein —señaló ahogadamente Bernard, presente en el grupo—. Piensen en el horror de un pulpo gigante... con una masa encefálica de hombre. Son elementos inverosímilmente unidos, ustedes lo saben. ¿Cuál será el resultado final? No sé cuál será, porque no soy científico ni policía ni tan siquiera investigador. Pero hay algo evidente. Es el cerebro de «mi» hermano el que anda moviéndose por ahí, dentro de un cuerpo horripilante de ser de otra especie y elemento. ¡Es preciso que terminen con él de algún modo! Y soy yo, precisamente yo, quien les estoy suplicando tal cosa. Soy yo mismo quien, con mis manos, de serme posible, terminaría con esa amenaza demoníaca que anda por ahí matando a los humanos para succionar su sangre...

Calló, abatido. Kelly cambió una mirada con los demás. Asintió sombrío. Y fue Carol la que, con gran serenidad, habló lentamente

ahora:

—Debe perdonarme, señor Dahl —dijo, serenamente—. Por lo que me corresponde del mal cometido, cuando menos. Mi padre era un científico. Y a veces, un ser humano se deja llevar por la ciencia, hasta deshumanizarse por completo. Admito sus culpas, y no le puedo perdonar algo tan terrible, tan monstruoso. Pero espero que Dios y los demás sepan perdonarle su error, su soberbia de investigador que creyó llegar a la cima del saber humano...

—No tengo nada contra usted —suspiró Bernard Dahl—. Ni siquiera ya contra su padre, que fue tan víctima como todos de la fuerza que él mismo desencadenó, y luego no supo dominar. Pero ya no pienso solamente en la horrible suerte del cerebro de mi pobre hermano, que lo único que merece ya es, cuando menos, el eterno descanso... Pienso en todas las personas que como su padre y los demás, peligran ahora... Lo que «todos» estamos peligrando, mientras esa criatura ande suelta...

—Tiene usted razón, Bernard —afirmó gravemente Kelly—. El mal radica ahí, precisamente: en que todavía anda suelta... y ni siquiera sabemos *dónde* puede estar ahora..., ni qué hará dentro de las próximas horas. Pero a cada momento que pasa, es más y más peligroso... A cada momento, el monstruo es una amenaza más terrorífica, suspendida sobre todo ser viviente...

Bernard, mientras tanto, contemplaba el mar, los navíos costeros... Luego, clavó sus ojos en el recinto del club Náutico, en sus piscinas, en el distante edificio del Acuarama, con su acuario inmediato...

Una luz extraña brilló en el fondo de sus ojos. Y sin que nadie llegara a escucharle, o cuando menos sin que nadie pareciera prestarle atención, el hermano de Spencer Dahl, susurró entre dientes, con voz ronca:

—Si yo diera con él..., todo esto terminaría. Y tal vez no sea tan difícil...

No fue difícil, realmente. No para Bernard, a quien un extraño presentimiento condujo al sitio preciso.

Pero no pudo terminar con el monstruo.

Fue éste el que, nuevamente, asestó su terrible golpe. Y terminó con él...

Después, el monstruo buscó a su nueva víctima.

El monstruo, que era ya mitad hombre, mitad pulpo. Que no era nada en concreto, sino una horrenda criatura deslizante, sinuosa, en la que la operación diabólica había provocado una nueva alteración biológica increíble.

Ahora, no sólo tenía *cerebro y ojos...*, sino «voz».

Y esa voz iba a marcar la sentencia de muerte para la próxima víctima: Rod Kelly...

EPILOGO

«¿Gente? No, ésa no era, exactamente, la palabra... Aquellos desechos... Esa, sí que era una bonita palabra a usar, con muchos motivos para ello... Eran restos, bazofia, basura, piltrafas...»

Harlan Ellison, «The Discarded»

(Los desechados)

Sí. Era el final.

Su final...

Rod Kelly supo que no había remedio. El monstruo estaba allí, ante él. En su propia casa, acorralándole, como una bestia repugnante y horrible. Un ente dotado de voz, de ojos, de mente humana. Al servicio de unos tentáculos succionantes, de un cuerpo horrendo, de un simple octópodo en movimiento, hambriento de sangre humana, en su actual evolución biológica, más allá de la razón y más allá de la ciencia conocida...

Rod Kelly lo supo, con fría y lúcida estupefacción.

Estaba perdido. No podría matar al monstruo. Ni tan siquiera defender su vida...

Además de matar, de destruir, de ocultarse astutamente..., el monstruo «pensaba». Eso era lo peor. Y pensaba con la mente de un enfermo, de un loco asesino.

Retrocedió lentamente, paso a paso. Clavando sus ojos en la bestia repugnante, deslizante, babosa y maligna. Acorralado, respiró hondo.

—De todos modos, terminarán contigo —jadeó—. No importa los

que caigamos. Eres una piltrafa viviente, el producto de un loco... Vas a morir, Dahl..., o como quiera que puedas ser llamado ahora...

—Lláname... «Octopus»... —silabeó la voz inhumana e inaudita—. «Octopus», ¿entiendes? Es mi nombre. Así me llamaban ellos... Así me llamaron siempre durante este tiempo...

—¿Ellos? —vaciló Kelly—. ¿Acaso... también el doctor Katzman estaba en conocimiento de tu asquerosa existencia, «Octopus»?

—No, no. Solamente el profesor... y su hija.

—¡Su hija! —se estremeció Kelly—. No..., Carol no podía saber...

—¿No? —la risa de «Octopus» fue siniestra, como el sibilante zumbido del reptil—. Ella no sólo sabía..., sino que el profesor Conrad se limitó a cuidarme..., pero «ella me injertó este cerebro que ahora poseo...»

—¿Qué? —rugió Kelly, palideciendo—. Carol... ¡No es posible...!

Y entonces supo que sí era posible. Carol... ¡Carol, que estudió biología, cirugía, disección...! ¡Carol, que era también un científico...! Carol, autora real de aquel repugnante horror... Carol, culpable de la muerte de su propio padre, al dar vida a aquel monstruo despiadado...

—Carol... —jadeó—. De modo que era ella... quien te ocultaba...

Y «Octopus», ávido ya de presa humana, de sangre, de destrucción, saltó hacia Kelly, moviendo elásticamente sus tentáculos de criatura fuera de este mundo...

En ese instante, apareció ella. Sandra Steele.

* * *

—Rod, ¿qué ocurre aquí? —sonó su voz—. Esos vidrios rotos... ¿Le sucede algo...? Rod, yo...

—¡Sandra! —chilló Kelly, alucinado—. ¡No, no! ¡Fuera de aquí! ¡«Huya»!, ¡por el amor de Dios!

«Octopus» se desorientó un momento. Desvió su atención hacia la muchacha que acababa de aparecer, tan inoportunamente. Ella, entonces, también descubrió al monstruo.

Su alarido fue terrible. Se echó atrás, con un gesto de profundo, infinito horror. Kelly aprovechó el instante. Brincó por encima de

«Octopus», en un salto increíble, cayó al lado de Sandra, la tomó por una mano, corrió con ella, vertiginosamente, a través del jardín...

Y «Octopus», furioso, burlado en parte, se precipitó tras ellos, deslizándose con fantástica rapidez, sobre sus tentáculos poderosos...

Era una carrera delirante. Una carrera contra la muerte y el horror. Aquella criatura dantesca, pegada a sus talones como una maldición inexorable... Sandra, lívida, vacilaba sobre sus piernas, ante la visión espeluznante. Kelly sujetaba a la joven con energía, corría con toda la fuerza de sus músculos, y casi tiraba de ella, puesto que su rapidez era muy superior a la de la muchacha.

De cualquier modo, estaba seguro de que no llegarían muy lejos. «Octopus» tenía ganada, de todos modos, la partida.

Llegaron al límite del jardín, donde la cerca cerraba toda posible salida. Kelly se mordió el labio, furioso. No podrían escapar. No había forma de escalar aquella cerca, ganando la partida a «Octopus». Este remontarla tan débil obstáculo en muchísimo menos tiempo, con la potencia de sus grandes tentáculos...

Los ojos alucinados de Rod Kelly se fijaron en el poste de alumbrado, carente ahora de luz, en la caja metálica del transformador de energía eléctrica de la zona residencial de *bungalows*...

Y la idea le asaltó, vivamente. Brincó hacia el poste, subió por él... Alcanzó la caja metálica. Forcejeó con ella. Sus manos arrancaron un cable del tendido eléctrico, sin importarle el hormigueo restallante que la corriente provocó en su cuerpo. Luego, rápido, usó el cable como un látigo. Azotó la poderosa mole viscosa del pulpo con cerebro humano, sin lograr otra cosa que un gruñido de ira del animal, al sentirse agitado por el cosquilleo de la corriente eléctrica.

Luego, decidido, en el momento mismo en que descargaba otro trallazo con el cable en el cuerpo repugnante de «Octopus», arrancó su lado opuesto, con lo que la corriente dejó de correr por el cable.

Sandra, inmóvil, acorralada por «Octopus», miraba a éste con pavor, viéndole tan próximo, tan maligno, tan demoledor...

Kelly agitó otra vez la tralla. Pero en esta ocasión, cuando la descargó sobre el pulpo gigante, lanzó el otro extremo del cable dentro de los contacto de la caja del transformador.

El cable tocó la conexión de alta tensión. Era lo que él buscaba...

Un formidable estallido de luz, un centelleo y un estampido tremendo, lanzaron a Rod Kelly violentamente, fuera del poste donde pendía. Abajo, Sandra chilló, cayendo a tierra.

Hubo también un ruido extraño, un gorgoteo alucinante...

Y el cuerpo viscoso, palpitante, de la criatura medio marina medio humana, se cubrió de una repentina costra negra. Los tentáculos se agitaron, secos, encogidos, chamuscados... Un fétido olor se extendió por el jardín. Un alarido infrahumano, doloroso, brotó de aquella masa monstruosa...

Luego, «Octopus» quedó inmóvil, humeante...

Kelly respiró hondo, sacudiendo su aturdida cabeza. Corrió hacia Sandra...

—¿Estás bien? —indagó, tomándola en sus brazos—. Sandra...

—Oh, Rod, Dios mío... —sollozó ella, lanzándose hacia él, impetuosa—. ¡Lo has logrado! Venciste al monstruo...

—Sólo Dios sabe cómo pude hacerlo —jadeó él—. Pero lo hice, sí...

—Vine... vine a decirte que... que Carol... Carol... apareció... horriblemente destrozada, sin sangre... Y... y...

—Entiendo. No hables ¿De modo que también Carol...? —Rod respiró hondo. Contempló al monstruo inerte—. Es mejor así. Ella fue responsable de todo esto, junto con su padre... Recibió su castigo. Ya este ser horrible no perdonaba a nadie, ni se detenía ante nada... Sólo espero que nunca más se repita una historia así...

Salieron del jardín, abrazados el uno al otro. Se encaminaron en busca del capitán Moore.

La historia de «Octopus» había terminado. Pero quizá fue una lección a tener en cuenta. Parte de culpa fue de unos científicos dementes. Otra parte, de la tecnología del hombre.

Cualquier día podía repetirse la tragedia. Y no tener remedio...

F I N